

A fe de caballero

Julio Pesina



COLECCIÓN  
AGUA FIRME













COLECCIÓN   
AGUA FIRME

# A fe de caballero



COLECCIÓN  
AGUA FIRME 

# A fe de caballero

Julio Pesina



**Tamaulipas**

GOBIERNO DEL ESTADO

*A fe de caballero*  
© Julio Pesina  
Primera Edición 2013

ISBN: 978-607-8222-43-8

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Ing. Egidio Torre Cantú  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Mtra. Libertad García Cabriaes  
*Directora General del  
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Portada basada en fotografía de Carlos Bravo

Derechos exclusivos de la presente edición  
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)  
Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101  
Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

A la Maldición, la Chapo: Andrés García.  
Más fregón que su tocayo el de las películas.



## Todas las veces de Malena\*

### I

**M**i mamá había tirado agua por toda la casa para combatir un poco la sensación de asfixia que provoca el calor de agosto. A esa hora de la tarde el vapor se levantaba en densos cordones entrelazados como si del cielo colgaran guirnaldas blancas. Los papás de Malena se abrieron paso en medio de esa bruma; sus cuerpos ganchudos y la piel amarillenta, apenas cubierta por trapos agujereados, encajaban perfectamente en aquel escenario como si se tratara de una película de horror. En ese tiempo esperábamos a mi papá, que había ido a la guerra, y aquel espectáculo provocó en mí un presentimiento que me hizo saltar de la silla.

Esa fue la primera vez que vi a Malena. Yo tenía seis años y ella apenas tres. El ambiente en que vivía aún no la contaminaba. Tenía la piel blanca, apenas salpicada por picaduras de mosquitos; los cabellos rubios, despeinados, tenían un brillo inusitado y se acomodaban libre-

---

\* Este cuento apareció en el número 21 de la revista *La Voz de la Esfinge*.

mente alrededor del rostro, donde resaltaban sus mejillas como enormes gotas de sangre y esas dos aceitunas que Malena tenía en lugar de ojos. En medio de aquellas dos piltrafas que eran sus padres, Malena resplandecía como una escultura marfileña, casi mágica.

La familia de Malena era de un pueblo ovejero a ochenta kilómetros de aquí. El papá de Malena se llama César y es primo de mi madre, se dedica a cuidar animales ajenos. Esa vez vinieron a la capital porque la mamá de Malena estaba enferma y tenían que practicarle unos análisis. Mi madre los trató estupendamente —me imaginé que así debía tratarse al marido al regresar de la guerra— los sentó en la sala, les ofreció ensalada, pastel de zanahoria y antes de que se fueran les dio café con galletas.

—Préstame el biberón de la nena, que a ella le preparé un jugo.

—No te hubieras molestado, prima.

—Anda, hijo, dale el biberón a tu primita.

Cuando le acerqué el biberón, la mano de Malena me apretó dos dedos con su fuerza de niña mientras sus enormes ojos verdes me dedicaban la más inocente de las miradas.

Al despedirse de los papás de Malena, mi mamá les dijo que estaría muy atenta a la enfermedad de la tía y que no olvidaran visitarnos cada vez que vinieran. Pero en cuanto cerró la puerta cogió los guantes de hule que le llegaban a los codos y se pasó la noche tratando de desinfectar las sillas, el piso y cuanto utensilio habían tocado los tíos. Dos botellas de aromatizante no fueron suficientes para que se convenciera de que aquel olor a borrego había desaparecido.

## II

Un día antes de irse a la guerra, mi papá y yo estuvimos trabajando en el jardín. Podemos los rosales, sacamos algunas plantas de las macetas y las sembramos en el suelo; luego mi papá rellenó con plantitas los manchones que había donde el césped se secó. Al terminar llamamos a mi mamá para que admirara nuestra obra.

—¡Ni se les ocurra entrar así a la casa! Van a enlodarla y a todo se le va a pegar ese olor a fertilizante.

Después de una insípida discusión con mi madre mi papá cogió la manguera, movió el diafragma de la pistola de jardinería hasta el chorro más fuerte y empezó a perseguirme por todo el patio gritando que estaba en la batalla y que yo era el enemigo. En el momento oportuno soltó la manguera para que yo le disparara y en forma histriónica se dejó caer en el lodo, acibillado. Muchas veces me he preguntado si mi papá se vería así en el verdadero campo de batalla, el día que le metieron seis balas.

Lo cierto es que mi papá regresó una típica tarde de otoño en un ataúd bronceado. La bandera sobre el féretro estaba cubierta de minúsculas gotas de agua que la hacían parecer un simple trapo como los que mi mamá utiliza para el aseo de la casa. Mamá no dijo nada cuando los señores que metieron el ataúd dejaron huellas de barro en el piso de la sala, pero en cuanto estuvimos a solas se puso a reclamarle a mi padre por morirse en tiempo de agua.

El entierro fue al día siguiente. Cuando regresamos, en la puerta nos estaba esperando el tío César. Traía a Malena de la mano. Ella tenía puesta una bata negra con lunares blancos que le quedaba chica. Adentro nos

enteramos de que la mamá de Malena había muerto dos semanas después de visitarnos; el doctor que la atendió en su pueblo ni siquiera llegó a saber a ciencia cierta qué tipo de enfermedad tenía porque jamás regresaron por los resultados de los análisis.

El día que enterramos a mi padre, Malena debía tener cuatro años, pero no pronunció palabra alguna; tal vez no le habían enseñado a hablar. Mientras mi madre y el tío compartían sus penas ella permaneció entretenida en contar los lunares de su ropa, o al menos eso parecía; llevaba su dedo blanco, pequeñísimo, de un punto a otro y al siguiente sin terminar de contarlos. Al verla así, tan ajena a los problemas, a las trampas de la vida, yo creí que Malena jamás perdería su pureza.

En la puerta de la casa al papá de Malena casi se le salen las lágrimas y en medio de aquel sentimentalismo intentó un abrazo que no obtuvo respuesta, luego cogió la mano de Malena y las dos siluetas se perdieron entre la bruma otoñal.

—¡Ese olor a borrego! —dijo mi mamá cuando hubo cerrado la puerta.

### III

Los niños tienen un olor característico, el sudor les huele a frutas machacadas y puestas a serenar: un tanto agridulce. Pero a medida que crecen esos humores se vuelven más ásperos, más intensos, difíciles de disimular. En plena adolescencia tenía que moverme con absoluto sigilo, consciente de que mi mamá se había convertido

en una especie de inspectora de limpieza que rastreaba cada uno de mis pasos gracias al olor. El aroma del tabaco en la ropa era lo de menos; ella podía distinguir hasta el perfume de cada persona que hubiese viajado conmigo en el metro.

Tenía quince años el día que vi a Malena por tercera ocasión. Cuando entré en la casa me hallé de frente con esa cara de desagrado que mi mamá no podía disimular. El papá de Malena estaba en el otro extremo de la sala, con una expresión de incomodidad que se sumaba a su ya lastimosa apariencia. Había pasado mucho tiempo, pensé, porque los ojos del tío César se habían reclinado por lo menos dos centímetros más hacia la nuca y ya casi no se distinguían en medio de esos círculos oscuros que eran las únicas porciones de color en todo su cuerpo flaco. Malena estaba en el centro, con sus ojos verdes apuntando hacia ningún lado y la boca abierta. La cabeza de Malena se movía de acá para allá sin ritmo alguno y el hilillo transparente que escurría de su boca ya había formado un charquito pegajoso en el mosaico de la sala.

—¡No te acerques! —gritó mi mamá, y se abalanzó hacia mí—. Está enferma y aún no sabemos qué tiene.

Pero Malena ya me había agarrado la mano y pareció que sus ojos por fin se coordinaban para mirar los míos. Estaban más resplandecientes que nunca, y se veían en esas cuencas marchitas como deben lucir dos aceitunas jugosas en un plato sucio.

—Pero ya la atendieron en el hospital —clamó débilmente el papá de Malena.

—De cualquier modo. No quiero que se le acerque hasta estar seguros de que no es contagioso —dijo mi madre con el mejor tono que pudo modular.

—¡Por favor, prima, la niña sólo se ha vuelto local!

El papá de Malena se fue esa tarde a su pueblo. Malena se quedó en nuestra casa porque el tío no entendía mucho de la administración de los medicamentos y no tendría tiempo para hacerlo; además, en el hospital le habían dado una cita para la siguiente semana, así que le pidió a mi madre que se hiciera cargo de la niña mientras tanto.

—Sólo será una semana, prima.

—No hay problema —dijo mi madre con solemnidad.

Para mi mamá era desesperante tener que ayudarle a Malena con todas las necesidades; darle la comida en los labios, a veces sin éxito porque el alimento se le escurría de la boca siempre abierta; bañarla varias veces al día porque su aroma natural a borrego se mezclaba con los olores de sus desechos. Por si eso fuera poco, los movimientos descontrolados de Malena hacían que el calzón desechable se le desprendiera frecuentemente. A media semana, mi mamá optó por llevar el catre de Malena al cuarto de lavandería y le amarró un pie a la pata de la cama. A partir de entonces Malena estuvo recluida en mi casa como el perro que nunca tuvimos.

—¿Qué diablos haces ahí? —gritó furiosa mi madre el día que me sorprendió espiándolas mientras reemplazaba el calzón.

Malena estaba delgadísima; su piel blanca de antaño se había puesto pardusca y hasta el cabello rubio se había convertido en una especie de estropajo. Los pelos

ralos del pubis tenían la misma apariencia. Sólo sus ojos permanecían intactos, humedecidos, como una caricia eternamente renovada.

Encerrado en mi cuarto, con la mirada en el techo, sólo alcanzaba a escuchar los ronquidos de mi madre tratando de controlar su náusea y los gemidos cada vez más apagados de Malena; yo no podría decir si era llanto o enojo, o quizá un simple reflejo primitivo. Lo único que yo sentía era una profunda vergüenza atorada entre la garganta y el estómago, hinchándose hasta cortarme la respiración. Aquella visión no desaparecía; seguía delante de mí como una revelación. Cuando bajé la cabeza, había entre mis piernas algo muy parecido a lo que había visto en la boca de Malena.

#### IV

De nuevo era agosto, como la primera vez que vi a Malena. Y como aquella vez primera el calor era sofocante. Me desperté a media noche; tenía la ropa pegada al cuerpo, empapada a pesar del ventilador cuyo sonido ronco parecía capaz de absorber los demás ruidos. Había en mi interior, sin embargo, un sonido que no disminuía, que no me dejaría dormir. La imagen de Malena producía ese golpeteo incesante en mi cabeza. Era la imagen de aquel primer encuentro, la de sus ojos verdes en medio de la piel inmaculada. Habían pasado diez años, Malena no era la misma, lo que estaba en el cuarto de lavandería era algo más parecido a un animal que a la chiquilla de mis recuerdos, pero mi cerebro tramposo mezclaba

las imágenes antiguas con la de su sexo, ese sexo recién descubierto, enfebreciendo mi cuerpo cada vez más.

En el pasillo los ruidos de los ventiladores se combinaban para producir una sinfonía grotesca. Malena estaba dormida boca abajo; su instinto de conservación evitaba que su propia saliva la ahogara durante la noche. Un instante de remordimiento me hizo retroceder, pero algo muy poderoso pareció jalarme de los cabellos; antes que mis ojos, algo dentro de mí había percibido que el calzón desechable estaba desabrochado. Lo que siguió fue más una serie de imágenes maquinadas por mi cabeza que sensaciones perceptibles por los sentidos. Yo no podía ver el aspecto de aquella niña de doce años sucumbiendo bajo mi cuerpo como un cachorro atropellado, lo que veía era la imagen de unos ojos aceitunados y la de un sexo color de oro sucediéndose intermitentemente. Malena no hablaba, ni siquiera se quejó; sus brazos delgaditos cupieron en una sola de mis manos, con la otra le sujeté la pierna que tenía libre y estuve metido en su cuerpo hasta que el olor de sus excreciones invadió mi nariz como un río de hormigas embravecidas, como si se tratara de un sistema de defensa muy tardío. El resto de la madrugada lo pasé tratando de quitarme el olor de Malena.

Al día siguiente la llevaron al doctor. Cuando llegué de la escuela me encontré a mi mamá enloquecida. Se veía ridícula con aquel tapaboca que distorsionaba cada una de las maldiciones que decía en uno y otro tono. Malena ya no estaba. Mi mamá corrió al tío César junto con su hija en cuanto aquél le contó lo que Malena tenía. Él no sabía bien lo que significaba, ni siquiera podía pro-

nunciar “neurocisticercosis”; pensó que era algún tipo de demencia.

—¡Maldita sea!... ¡Maldita sea!... ¡Todo este tiempo exponiéndonos! —eran las únicas frases que se le entendían a mi mamá en medio de las imprecaciones mientras esparcía la mezcla de desinfectantes por toda la casa.

No alcancé a escuchar todas las quejas de mi mamá porque me fui a mi cuarto tan paranoico como ella. Estuve toda la tarde lavándome hasta que me quedó la piel enrojecida. Afuera sólo seguía escuchándose el trajinar desesperado de mi madre enjabonándolo todo.

—¡Maldita sea!... ¡Maldita sea!... ¡Y ese olor a borrego!...

## V

Había pasado más de un mes y mi mamá seguía desinfectando la casa dos veces al día; estaba convencida de que el aroma a borrego no se iba del todo. A medida que pasó el tiempo empezó a mirarme de una manera extraña, con cierta desconfianza, casi con repulsión.

—Hueles a borrego... ¿Por qué hueles a borrego?

En noviembre hace mucho frío y tenemos que mantener cerradas puertas y ventanas para que no nos asalte el viento helado. Esta situación lo complicó todo al grado que el ambiente en la casa se hizo insoportable; sobre todo porque a veces yo mismo percibía el aroma a borrego en mi transpiración. Entonces venía otra vez a mi mente la imagen de Malena. Pero era esta una imagen muy distinta a las veces anteriores, diferente a todas

las veces de Malena. Ahora aparecía en mi cabeza como un corderito blanco sacrificado en el fango. Se parecía al último recuerdo que tengo de mi padre, muerto por mi mano en un charco de lodo.

Mi madre ni siquiera trató de disimular su enojo cuando llegó el papá de Malena, pero cambió su actitud en cuanto se enteró de que Malena había muerto en el hospital. El tío César vino a pedirle dinero para recuperar el cuerpo de su hija. No nos despedimos de él hasta que le entregaron a Malena en un ataúd de niño. A través del cristal, sus ojos abiertos eran las mismas aceitunas de antaño, pero completamente marchitas, y tenía la boca desencajada en forma de una mueca indescifrable. El cajón blanco trajo a mi cabeza el recuerdo de aquella piel de Malena en sus primeros años, absolutamente inmaculada, y las lágrimas me empezaron a brotar sin control. Al principio en silencio, pero luego fueron un llanto compulsivo que no cesó hasta que volvimos a casa. Entramos abrazados y nos quedamos varios segundos en la sala sin decir nada.

Carraspeó de pronto mi madre, como aclarándose la garganta para decir algo importante. Estoy seguro de que era algo acerca del olor que escapaba del cuarto de lavandería, pero por primera vez se quedó callada.

## Nerón en llamas\*

*Para Marissa García Pesina*

Los primeros camiones llegan eso de las siete como se trata del cinco y el diecinueve los de la residencial a esa hora ya todos tamos ahí esperándolos como los caballos de carreras esperan el balazo en la salida toy bien seguro que algunos babearán igual quesos perros que se arremolinan detrás de los camiones a veces hay fregadazos a causa dellos no hablo de los pleitos de perros quesos son del diario sino de las broncas que arman el Cali el Meco y sus correspondientes pandillas con tal de ganar las cosas que vienen en la basura algunas muy buenas como la tele que tenemos en mi cantón a colores no como la de doña Benina que estaba rechiquita y en blanco y negro y que además se la compró a una mueblería en mensualidades que nunca pagó y cuando vinieron a quitársela taba tan maltratada que no la quisieron y mejor se llevaron una cómoda que ese mismo día cababa de llegar en el diecinueve por

---

\* Publicado por primera vez en la memoria del Festival Internacional "Letras del Mundo en Tamaulipas 2005".

eso digo que nesos dos camiones siempre vienen las mejores cosas nomás es cuestión de organizarse como lo hacemos nosotros mi jefe sencarga de buscar aparatos y muebles que luego vende un puestero del tianguis a mi carnala Mary le toques coger la ropa mis carnalillos Andrés y Luisito que son los más chiquitos se dedican a buscar y aplastar latas mientras yo voy juntando cartones en la carretilla puede decirse que somos un empresa familiar desas que anuncia el canal del gobierno lúnica que no trabaja es miamá porque su enfermedad la tiene todo el dien la cama tosiendo y echando esos gargajos cafeses que huelen como cualquier camión que no sean el cinco ni el diecinueve lo bueno es quel Nerón llegó en el cinco si hubiera venido en otro ni siquiera nos habríamos dado cuenta porque nesos nadie revisa con cuidado apenas descargan y el trascabo se pone a mover de acá pallá y de allá pacasta que llega otro camión y otra vez a mover todo y así entós lúnico que se puede rescatar de ahí son latas botellas y cartones despedazados lotro día Trini lija de la Changa y del Negro que apenas tenía dos o tres años se apartó unos segundos de sus jefes y el trascabo se la llevó entre los desperdicios cayeron polis rescatistas y bomberos pero mientras más meneaban los montones de desechos coloreados pos más nos convencíamos de que jamás veríamos otra vez a la Trinita los trabajos de rescate se pararon luego de cuatro días al Negro y a la Changa se los llevó antes una manada de trabajadoras sociales polis y reporteros no había terminado la semana cuando encontramos la cabecita de Trini cerca de la choza de doña Benina y le dimos sepultura en el cantón de sus

jefecitos sin hacer borlote el día que hallamos al Nerón taba lloviznando y hacía friyito venía envuelto en bolsas de guálmor junto con otros siete perritos tres ya venían bien muertos y los otros cuatro hicieron lo mismo en los siguientes días el jefe dijo que los perros finos eran menos resistentes que lo mismito pasaba con las personas y que por eso miamás tabenferma porque no se adaptó a la vida en el basurero por más que Mary y nos negamos Andrés y Luisito se empeñaron en llevar a los carnalillos del Nerón hacerle compañía la cabeza de Trini entós me di cuenta de que nuestro basurero erun panteonzote pa los animales malqueridos yo no quería el nombre de Nerón sabía que se no era nombre decente pa mi perro en la tele dijeron que así se llamaban emperador que había sido capaz de darle chicharrón a su propia jefa así de bañado miamá fue quien le puso ese nombre que porque así se llamaban los perros de la tele que sobre todo los bravos y que el Nerón iba ser un perro muy grande y muy valiente y ya no dijo más porque le vino un ataque de tos que no se le quitó hasta otro día cuando le salió un ronquido tan hueco que yo me figuré sus dos pulmones reventándose como esas botellas de vidrio que rompemos pa llenar los costales luego se fue curriendo entre las sábanas manchadas y se quedó bien dormida las primeras veces que a miamá le duró la tos toda la noche mi jefe tuvo dándole golpecitos en la espalda pa que desgarrara y le dijo a Mary que hicieran té con hojas de nacagua que es muy buena nomás que miamá nunca pudo beberlo antes de que se le quitara la tos conformes las noches hicieron más seguidas el jefe empezó abandonar el cantón doña Benina lizo un lugar

en su cama y algunas veces cuando miamá lo llamaba ya muy insistente cuando deveritas críamos que siba morir corríamos a sacarlo de ancase doña Beni el Nerón iba delante como creció mucho en tan poco tiempo ras-caba bien fuerte la tierra y pegaba tremendos ladridos en medio de loscuridad al llegar anca doña Beni se pa-raba en las patas traseras y empujaba la puerta de cartón que se abría luego luego mi jefe salía entós con la cabe-za gachady la camisen la mano doña Beni sencogía de hombros y prendía la tele que clarín clarines ni podía escuchar porquel Nerón se quedaben su puerta ladran-do en las labores del diario nubo cambios muy notorios todos seguimos esperando puntuales la llegada del cinco y el diecinueve el Cali y el Meco siguieron peleán-dose por las mejores cosas y los jefecitos de Trini si-guieron refundidos en el tambo o al menos eso era lo que se rumoreaben el basurero sólo el jefe cambió de costumbres durantese tiempo porque además de buscar los aparatos como le correspondía empezó ayudarle a doña Beni con su carretilla pero una desas noches el jefe regresó al cantón sin que fuéramos a buscarlo venías ta las manitas con sus brazos flacos cubiertos de rasguños y la camisen la mano llegó hasta la cama y despertó a miamá pa pedirle perdón entre mocos y sollozos clarines que miamá le perdonó todo y hasta le besó la mano pero en eso le volvió el ataque de tos y a partir de ahí la tos de miamá y los ronquidos del jefe ya no dejaron dormir a nadie desde esa vez mi jefe no dejó el cantón por ningún motivo y volvió a pasarse las noches dándole palmaditas a miamasta que se le dormían los brazos también desde esa vez doña Beni se dedicó a maldecirnos desde la

manecer hasta cabar el día sobre todo a miamá quien no bajaba de tísica moribunda y a mi jefe a quien llamaba de un modo que nunca entendí miamá nos tiene prohibido decir palabrotas así que no podíamos responderle a doña Benina mi jefe bajaba la cabeza y seguía en su quehacer nomás el Nerón le contestaban ladridos que me hubiera gustado entender pa saber si lo que le gritaba vengabel honor de mi familia locasión pa quel Nerón lavara bien nuestra honra vino poco después el día que mi jefe llevó los aparatos al tianguis doña Benina provechó pa entrar a nuestra casa con toda lintención de maltratar a miamá así de bañada y lo habría logrado si el Nerón no lace correr hasta su casa tábamos reponiéndonos del susto cuando vimos de vuelta doña Benina con una garrafen la mano casi fue un solo movimiento el rociar al Nerón con la gasolina y prenderle fuego y casi fue un mismo instante lo que tardó el perro en arder desde la nariz hasta la cola y correr a tallarse ancase doña Benina la casa de la vieja como todas era de cartón así que ardió prontito y aunque todos íbamos como parvada de chachalacos detrás del Nerón doña Beni papagar su casa y nosotros papagar al perro en lo que fuimos hasta los tambos llenamos cubetas y volvimos la casa sestaba convirtiendo en un montón de palos chamuscados en su desesperación doña Benina se metió a salvar su tele y el incendio se la tragó enterita hastai todo habrías tado bien si no fuera porquel Nerón no acabó de apagarse anca doña Benina y se pasó a la siguiente y a lotra y a lotra el viento hizo el resto parecía que jugaba lanzar bolas de fuego hasta que todo el basurero fue una sola hoguera vinieron de nuevo los bom-

beros las ambulancias y la poli pero lúnico que se salvó fue la casa del Negro que resplandecía en el centro dese infierno al final solubo una muerte aunque tratándose de doña Beni no fueron muchos los dolientes el basurreo siguió ardiendo bajo los escombros mojados y terminó de apagarse una semana después nosotros no tardamos mucho en levantar de nuevo las casitas unas trabajadoras sociales vinieron por miamá se la llevaron al hospital y ya no ha salido de ahí mi jefe dijo que ya no prendiéramos la tele quel aparato y ella se van ir juntos pero no dijo a dónde a veces el Nerón sale dando saltos en las dos patas que le quedaron buenas y se pasan ratote ladrando dondestabel cantón de doña Beni lo hace hasta que la voz se le vuelviun ronquido que ya no lo deja ladrar y entós se contenta con gruñir parando los pelos que le quedaron en el lomo miamá tuvo razón en lo del Nerón: se convirtió en un perro muy grande y muy valiente ora sí creo que ningún nombre le vendría mejor.

## La vida después de Dillan\*

Amaneció en las pupilas de Dillan a las siete menos diez. Impasible de cara a la ventana. La frente, la nariz, la boca y los ojos de Dillan apuntando al horizonte, enfrentados a los primeros rayos de un sol canicular. Desde la puerta viste toda esa luz fundirse en sus ojos grises sin que estos reflejaran nada. No tenía por qué ser de otra manera; Dillan era un universo encerrado en sí mismo, un cosmos presustancial, nebuloso, un indefinido sistema en expansión-implosión perpetua. Era, contra todo lo que puedas argüir, un desconocido. Inconocible.

La única fotografía de la pieza te escupe una mentira y se traga unas verdades. Toda la falsedad en un marco metálico de 35x50 con vidrio antirreflejante, *la mejor oferta en Kodak-express*. Fue una tontería escoger el Taj Mahal como fondo, pero la culpa no es toda tuya; tú solo atendiste las sugerencias del chico del mostrador. Unos ojos azules y un cabello rubio bien merecen esa pequeña concesión después de todo. Mentira ese vestido blanco

---

\* Este cuento es también un apunte en el que se gestó la novela *Culpable de nada*.

y su recatado escote, auténtica la sonrisa en tus labios y la relajación de tus músculos; verdad que no hubo ceremonia religiosa ni banquete ni viaje de bodas, mentira que Dillan haya sido alguna vez tu esposo. Las mujeres como tú no deben aspirar al matrimonio, te diría alguna de esas veces en que su voz te pareció un magma sulfuroso emergiendo desde las profundidades de su alma. En contraparte, su cara detrás del cristal es otra superficie que no proyecta nada. La foto, no obstante, permanece dueña de la habitación, del departamento entero; es en esa pared una ventana abierta hacia ningún lado. En el otro muro, una ventana auténtica es la frontera entre este cuarto y lo que tú llamas la realidad: un vacío tan ancho como tu calle y más allá otra ventana: el departamento del universitario.

La semana pasada, una de tantas tardes en que Dillan se disolvió en las sombras de la casa arrinconando toda la indiferencia con que se materializaba bajo tus sábanas, lo descubriste a través de esas dos ventanas. Lo primero fue reconocer la música de Mozart escapando de aquel balcón; después asomó un puño, luego el brazo derecho en evoluciones reiteradas y exactas que tensaban sobre la piel brillante una sólida red de cordones arteriales. Vigorosos movimientos elevando detrás de aquella ventana dos discos de metal cromado que rompían en destellos las radiaciones vespertinas. Al final su espalda toda, una suerte de mampara carnificada, ocupó esa ventana para comunicarse contigo a través de un lenguaje de contracciones y relajamientos alternados en consonancia perfecta con las notas de la *Sinfonía número 40*. Debajo de aquella piel, en la oscuridad de las célu-

las, adivinaste oleadas de calor propulsándose a través de toda esa armazón de tejidos, transfigurando los músculos bajo la húmeda ejercitación del pecho, la espalda y los hombros. También tu vientre hizo ebullición y ese calorcillo tan familiar se dispersó por tu cuerpo para concentrarse bajo tus huellas dactilares en la forma de un hormigueo persistente. Estuviste junto a la ventana hasta que el programa de ejercicios terminó del otro lado de la calle, en el instante que resonaba el acorde final. Detrás de ti estaba Dillan; había escapado otra vez de las sombras para exigir su cuota de sudor.

En la cama Dillan se te antojaba una explosión sorda, una delirante metástasis condenada a la extinción. Bajo la caricia de sus dedos tu cuerpo era un mapa vibrátil donde él ejercía un reconocimiento casi milimétrico. Permanecía largo rato amoldado a tus caderas sin emitir sonido alguno, empujando sin descanso, arremetiendo en tu cuerpo como en barro mojado. En la locura del clímax le mordías los labios, besabas sus orejas y le hincabas las uñas en la espalda al tiempo que te convulsionabas envuelta en tus propios alaridos. Él seguía sobre ti, clavados en ti sus ojos mudos, dentro de ti su cuerpo callado, inmutable, anorgásmico. Esa noche, mientras apretabas entre tus piernas el cuerpo de Dillan, empezaste a escuchar en tu cabeza la sinfonía de Mozart.

El universitario es una persona de rutinas, uno de esos tipos que parecen llevar un cronómetro soldado al esqueleto. En ese departamento la vida comienza a las cinco de la tarde, cuando el universitario abre la ventana para verter dos vasos de agua coloreada en la maceta que adorna su balcón. El jacinto que florece en la maceta al-

guna vez debió ser blanco, supones, pero su jardinero se ha encargado de impregnarle esa tonalidad azul a fuerza de muchos vasos de agua entintada. Jacinto, así decidiste llamar al universitario, no es ningún conformista; te lo dicen el color de las flores y el torso macizo en la ventana. Te imaginas el cuerpo debilucho de un Jacinto adolescente sepultado hace unos cuantos años. Después de regar la planta el universitario se pierde unos minutos dentro del departamento para aparecer después con los implementos deportivos. El espectáculo empieza entonces con la combinación de los movimientos musculares y musicales. Imposible juzgar los más gráciles, los más portentosos. La sinfonía completa se repite tres veces hasta completar dos horas de evoluciones. *IV. Finale.* Apenas unos minutos en la regadera; el resto del tiempo Jacinto estará frente al espejo. La revisión del depilado, la medida de los bíceps, los afeites, la distribución de la espuma en el cabello mojado consumen sólo el tiempo indispensable, luego saca la polaroid y las instantáneas de su pecho, del cuello y del abdomen van cayendo una tras otra como si en aquel departamento se hubiera adelantado el otoño. No estará satisfecho hasta conseguir la imagen anhelada. A las nueve de la noche el universitario se ha puesto el uniforme de la discoteca donde trabaja; luego de aspirar dos veces el aroma del jacinto cierra la ventana; le tomará seis minutos cerrar con llave el departamento, recorrer el pasillo hasta el ascensor, bajar los tres pisos y atravesar el vestíbulo antes de aparecer en la banqueta para dirigirse a la parada del autobús.

Que eras una loca. Eso te dijo Dillan la madrugada que te descubrió tarareando *Molto allegro* a medio coito.

Pareció entonces que Dillan volvía a cobrar vida, que la luz se había hecho por fin dentro de su cabeza alertándolo, inyectando en la contradictoria insensibilidad de su alma una sutil pero irrefutable sospecha. Dillan te había sorprendido muchas veces frente a la ventana sin decirte nada; había seguido tu voyeurismo creciente y en cierto modo había aprendido a reconocer los niveles de tu pasión midiendo la frecuencia con que te frotabas los dedos mientras satisfacías tu curiosidad en la ventana. Pero esa noche no pudo sino escupirte en la cara el primero de sus reproches. “Eres una loca”, gruñó, para perderse después en la penumbra. Tal aseveración podía tener múltiples significados; tú escogiste el menos cruel. Te levantaste de la cama con un remordimiento que desapareció en cuanto abriste la ventana de la otra habitación. Permaneciste con la mirada puesta en el otro lado de la calle, en la ventana cerrada, aspirando la fragante melodía de Mozart mientras se decoloraba el cielo nocturno.

Jacinto vuelve al departamento a las cinco de la madrugada. La quietud de la noche trae hasta tu ventana el martilleo que ocasiona el batallar con los candados de su edificio. Te lo imaginas fastidiado tras largas horas de trabajo en esa discoteca. Tendría que ser como camarero, supones, pues si bien reúne los requisitos para integrarse al equipo de seguridad, Jacinto jamás desempeñaría una actividad tan vulgar. Camarero de zona *VIP*, concluyes; es ese el único sitio donde Jacinto podría encajar dentro de un antro. Ahí estuvo toda esa noche, soportando las miradas, las sonrisas y los comentarios de riquillas, políticos y homosexuales en campaña. En algún momento tuvo que consentir uno que otro pellizco furtivo al ro-

dear la pista de baile o mientras pasaba entre las mesas. En medio de todo ese alboroto Jacinto sólo querría escuchar los acordes de la *Sinfonía número 40*, tal como la escuchas tú frente a la ventana cerrada, aun cuando el universitario ya está dormido.

No fuiste a trabajar. Estabas empeñada en monitorear la rutina completa de Jacinto. Ya conocías sus hábitos vespertinos y nocturnos, sólo necesitabas observar sus rituales matutinos para sentirte tranquila. Te reportaste enferma; después de todo eras una loca, eso había dicho Dillan, y la locura es una enfermedad que te inhabilita para el trabajo. En la casa Dillan no estaba más que en la foto de bodas, observando hacia dentro de sí mismo igual que lo hacía cuando estaba frente a ti. Algo, sin embargo, hacía pesada la presencia de esa fotografía a tus espaldas. La ventana se abrió a las nueve de la mañana y apareció por ahí el brazo desnudo del universitario para regar el jacinto. Esta vez lo hizo dejando resbalar el agua sobre las flores azuladas. Seguramente el agua removía el perfume, porque Jacinto asomó la nariz apenas unos segundos para olisquear encima del ramillete; después empezó un ir y venir dentro del departamento. Lo viste pasar muchas veces por esa ventana; ora seco, ora mojado, ora sin ropa, ora listo para la escuela. *Allegretto*. Volvió Jacinto a cerrar la ventana y tardó sólo dos minutos en salir de nuevo a la acera con los libros bajo el brazo, casi corriendo hacia la parada del autobús.

La brevísima exhibición matinal te dejó un sabor a frustración. No ibas a hacer otra cosa ese día que mirar por la ventana, esforzándote por jalar desde tu departamento el aroma del jacinto y repasar en tu memoria una

y otra vez la misma melodía. En algún momento te caló el hambre y arrastraste la mesa hasta el balcón; ibas a comerte un emparedado cuando vino Dillan y se sentó a la mesa. Otra vez había claridad en las pupilas que se concentraban en tus ojos como queriendo escarbar en las profundidades de tu mente. No hubo en cambio claridad en sus palabras cuando te dijo que te abandonaría. Había llegado por fin el momento en que Dillan se convenciera de que cada día te le volvías más ajena, y esa certeza venía desde algún remoto lugar en su interior a atenazarle la garganta y a convertir casi en un silbido la voz poderosa que ayer lo caracterizaba. “Te voy a dejar”. Hubiera sido mejor no contestar nada, escucharlo hablar como siempre, esperando hasta que la agitación durmiera nuevamente en su interior, a que sus pupilas volvieran a ponerse opacas y a que finalmente se largara según su costumbre, o a que se quedara pero sin abrir la boca. Tus ánimos, sin embargo, estaban caldeados por el insomnio, por la frustración y por el hambre reprimida. Te pusiste a discutir con él acerca del pasado en común, de su indiferencia... “Lo que es a mí no me vuelves a ver”, te amenazó cuando ocuparon la discusión tu comportamiento obsesivo y su eyaculación siempre postergada. Te negaste a ver una determinación sincera en sus palabras; después de todo, Dillan siempre volvía, aunque fuera sólo para que le hicieras el amor. “Te faltan huevos”, le gritaste fuera de tus casillas. De pronto la aseveración te pareció graciosa en su sencillez y no pudiste evitar una brevísima carcajada. Luego giraste el rostro hacia el balcón y empezaste a tararear. Cuando volviste la mirada Dillan se había marchado una vez más.

Esperaste en esa posición hasta las cinco de la tarde. A esa hora se escucharon los primeros acordes, se abrió de nuevo la ventana y el torso desnudo de Jacinto salió con la jarra en una mano y el vaso en la otra. Llenó el vaso en dos ocasiones y dejó escurrir el líquido azul en la maceta mientras volvía la mirada hacia tu balcón. Por un momento te pareció advertir una ligera sonrisa en su rostro. La turbación viajó en milisegundos desde tu cabeza a los pies y de regreso te dejó un temblor en las costillas pero no te moviste; estabas decidida a contemplar el espectáculo completo. No despegaste la mirada de los brazos que acercaban y separaban del pecho la pesada armazón de metal; quisiste ver en las contracciones de cada bíceps un corazón palpitante. En medio de esa locura tus sentidos se avivaron, viajaron hasta tus entrañas las notas sinfónicas y el perfume del jacinto, fuiste capaz en un momento de mirar aquella gruesa gota de sudor deslizándose por la línea media del pecho, avanzando por la hendidura del abdomen con dirección al paraíso. Los minutos bajo la regadera fueron para ti lo más cercano a la muerte, pero lo que vino después se te antojó *piu vivace*. Ahí estaba el universitario de nuevo, la polaroid en mano, eternizando los privilegios de su juventud; de pronto la toalla se encontró con las fotos en la alfombra y fuiste capaz de admirar la última bondad de tu Jacinto, el universitario, el jardinero, la encarnación misma de Príapo en una foto instantánea...

Tus ojos se abrieron para atrapar de un sorbo toda la oscuridad de la madrugada. Te sentiste estúpida. Habían sido la falta de sueño y la inanición las que te pro-

vocaron el desmayo, pensaste, pero el desvanecimiento te aisló del mundo por varias horas sin experimentar ensoñación alguna. De algún lugar le llega un mínimo rayo de luz a la fotografía de la pared. ¿O será quizá que, a pesar de todo, te empeñas en confrontar la mirada de Dillan? No has dejado de sentir el cosquilleo en los dedos desde que despertaste. Escuchas de pronto el chocar de los candados en el portón de Jacinto, te levantas de un salto y atraviesas el departamento derribando cosas entre las sombras; ni siquiera notas a Dillan que te observa silencioso desde el centro de la habitación. Un piso, otro, otro más, luego la calle desierta; desafiaste las leyes de la física para llegar al portón de Jacinto antes de que cerrara el candado. No rechazó el primer agitado, galopante beso. “¿Sabes lo que voy a hacer?”, le susurraste en la cara, luego metiste ambas manos en su bragueta. Importaba, te urgía la felación, pero también paladear el sabor de sus pechos firmes y de su cuello poderoso. Del primer encuentro en el vestíbulo pasaron a su departamento. No estás segura de que Jacinto haya puesto el disco, pero hasta el alma te llegan los rápidos, los perfectos movimientos de Mozart combinados en tus entrañas con los de ese otro niño prodigio detrás de ti. *Allegro assai*. Cada embestida de tu Jacinto te lleva más cerca del balcón; ahí te espera el otro para explorarte, para recorrer tus interiores por una vía distinta. La pasión acorralando tus sentidos, hollando tu entendimiento. Un súbito resplandor al otro lado de la calle te hace mirar hacia tu ventana. Ahí descubres a Dillan, que te mira desamparado. “Te voy a dejar”. No hay en ti una perversa intención cuando le sonrías y agitas la

mano a modo de despedida, es simplemente la locura de escuchar los jadeos, los alaridos de Jacinto al compás del impetuoso *Finale*, explotando *maestoso*, anegando tu interior una y otra y otra vez.

No te sorprende que pida esa cantidad; la duplicarías gustosa. “¿Sabes lo que voy a hacer?”. Antes de abandonar el departamento alcanzas la polaroid y tomas una fotografía de su cara. Finalmente tienes una resolución acerca de Dillan. “Te faltan huevos”. En el ascensor te asalta una sonrisa que evoluciona en carcajadas convulsas mientras atraviesas la calle amanecida abanicando la foto. “Eres una loca”. Todavía resuenan las notas de la sinfonía en tu cabeza cuando subes los tres pisos. “¿Sabes lo que voy a hacer?”. Miras una y otra vez el rostro de Jacinto en la instantánea. “Las mujeres como tú no deben aspirar al matrimonio”. En el umbral vacilas unos segundos. Hay algunos enseres desperdigados en el piso. Dillan se te presenta junto a la ventana, sus ojos grises retando a la alborada; su cara, su cuerpo todo pendiente de uno de los barrotes, apagado para siempre ante la inutilidad de su calor. Lo miras con gratitud, casi con ternura. Vas hasta la pared y descuelgas el retrato; desmontas la foto y haces la pequeña operación. La instantánea de Jacinto esconderá a partir de hoy el rostro artificial de Dillan. Vuelves a colgar el cuadro y te diriges después a la recámara. Bajo la almohada encuentras la versión condensada de tu Dillan: su cuerpo de metal. Evalúas por un instante la opción de deshacerte de él. ¿Quién sabe?, susurras al final, y lo guardas con cuidado en un cajón del armario.

... And again, and again, and again...\*

Un espacio hermético, escasamente iluminado, un sótano inserto en cualquier lugar fuera del mundo; aquel era el sitio perfecto para un encuentro de esa naturaleza. En el centro de un improvisado cuadrilátero el héroe mexicano, envuelto en un traje de plata con una “S” en la máscara, se enfrentaba al héroe norteamericano de traje azul y rojo con una “S” en el pecho. Como era costumbre, el primero encarnaba los más puros ideales; el segundo atravesaba por uno de aquellos desequilibrios emocionales que lo tornaban de héroe a villano en cuestión de segundos. El primero, muy a su estilo, arrojó a un lado la capa antes de iniciar la contienda; mucho antes, el segundo se deshizo de los inútiles espejuelos y pretendió absurdamente valerse de la visión de rayos X que en tales circunstancias apenas lograban traspasar la trusa plateada del contrincante. El primero aprovechó aquel momento para sorprender al segundo con un tope a la barbilla, derribarlo y aplicar la de “a caballo”. En

---

\* Publicado por primera vez en *XIII Premio de Cuento Carmen Báez. Selección Nacional 2006*.

aquel espacio tan reducido la capa roja se convertía en un auténtico lastre cada que el gigante norteamericano intentaba, ya no se diga volar sino erguirse siquiera en medio de los garabatos humanos a los que el mexicano lo sometía. Todo habría resultado a favor del primero si éste no hubiera antepuesto los valores que encarnaba. La honestidad y la pureza fueron ineficaces contra el rudo marrullero en que el segundo se convertía bajo los influjos del mineral rojo. En cuanto se sintió perdido, el segundo aplicó toda la fuerza de sus garras de acero a los sagrados testículos del primero. Lo que siguió fue un baño de sangre. La “S” de la frente fue arrancada de una sola mordida y, en respuesta, cuatro arañazos sanguinolentos sustituyeron a la “S” en el pecho del otro. Lo demás fue la historia de siempre; otra vez la batalla que el primero perdía inexorablemente, una contienda más en que la plata reiteraba su maleabilidad frente al acero. Afuera el mundo seguiría siendo igual, los poderosos dominarían a los débiles por los siglos de los siglos. Adentro, los disfraces maltrechos de Supermán y del Santo terminaron mezclados en el piso, reflejo de la fusión de los cuerpos en la cama.

## Lo que cae de las nubes

*Para Adrián Gómez García*

Hacía dos décadas que no llovía en San Isidro Matalascañas, mas no cualquiera se atrevería a llamar “lluvia” a lo que cayó aquella tarde. Tantos años de escasez no debían romperse de tal modo.

En los pueblos cercanos, como Acebuche y Mazagón, sí llovía durante el verano, por eso es que pudimos sobrevivir tanto sin aguaceros. Por el arroyo que atraviesa el pueblo corría abundante agua al inicio del año, pero de mayo a noviembre apenas alcanzaba a escurrir un hilillo de aguas cenagosas que debíamos asentar durante dos días antes de poder beberlas.

Estábamos acostumbrados a la falta de humedad y a mirar cómo se apretujaban en el cielo los nubarrones morados, peleando como perros rabiosos, amenazando todas las tardes con dejarse caer sobre el suelo sediento de Matalascañas, igual que cae el velo de la muerte sobre los ancianos: de un solo tajo o de a poquito. Pero nada de eso ocurría; después de arremolinarse las nubes se iban disolviendo hasta quedar el firmamento limpio, tan transparente y tan desierto como siempre, sin dejar

caer una gota. Al día siguiente no faltaba quien trajera la noticia de que había llovido en Mazagón o en Acebuche; entonces nos íbamos a la ermita a reclamarle al santo patrono.

Estábamos fastidiados de comer polvo durante tanto tiempo, pero no dejábamos de organizarle su fiesta a San Isidro. Cada año sacábamos su imagen de barro y la poníamos en los hombros del padre Valiñas y del Ciudadano para pasearla por todo el pueblo en medio de danzas, cánticos y cohetones, volteando de vez en vez a ver los nubarrones que se aporreaban en el cielo. Sin embargo, para cuando dejábamos al santo en la iglesia las nubes habían terminado también su procesión. Muchos empezamos a perder la fe, pero teníamos que ir a las peregrinaciones porque el Ciudadano las hizo obligatorias, así que acompañábamos nuestros rezos y cantos con uno que otro golpe de pecho, como si estuviéramos convencidos de que ese verano sí llovería.

El único que no rezaba era el maestro Fontanes, que era un pagano, pero como no le quedaba de otra iba entre la multitud con la cara más decaída que los campos matalascañenses. Un día se metió como borracho a la procesión y comenzó, enloquecido, a gritar que la causa de que no lloviera era el calentamiento del planeta, y que de nada servía prenderle mil veladoras al santo ni rezarle la vida entera. Como era de esperarse, el Ciudadano ordenó que lo metieran a la cárcel y esa semana la escuela estuvo cerrada, aunque no importó demasiado porque durante las fiestas nadie va a clases.

Hay que decir que ese año fue el más caluroso. Un día dejó de escurrir el chorrillo y el Ciudadano dijo que

ya no esperaríamos a las fiestas para hacer las procesiones, que las hiciéramos cada mes para que tuvieran mayor efecto; sin embargo, las lluvias no llegaron ese mes ni el siguiente. Tuvimos que empezar a traer agua desde Mazagón, pero no nos dábamos abasto porque la mitad se evaporaba en el trayecto o se la tragaba la tierra del camino. Los animales empezaron a morir enseguida de los ancianos. Un día ya no hubo en qué transportarse a Mazagón y lo tuvimos que hacer a pie hasta que allá se negaron a darnos agua.

El Ciudadano ordenó entonces que las procesiones se hicieran cada semana para que el santo supiera cuánto nos urgía que lloviera, y al final le exigió al padre Valiñas mantener al pueblo en procesión hasta que volviera a llover. Durante los siguientes días paseamos al santo más de cincuenta veces por las calles que, con la bailoteada, quedaron más polvorientas y reseca que nunca. El cielo siguió ennegreciéndose tarde a tarde, inundado de gordas nubes que parecían bailar su propia danza sin derramar gota alguna. El padre Valiñas, que ya era viejo, no aguantó ni dos semanas cargando a San Isidro; a los doce días cayó en cama y a los catorce murió. Fatigado, deshidratado y con los pulmones hechos piedra por tanto polvo que respiró, lo último que dijo fue: “Pinche santo”.

Entonces el Ciudadano experimentó la misma transformación que le ocurría al cielo, su semblante se fue ensombreciendo, matizándose, tiñéndose en forma siniestra, anunciando algo que habría sido mejor no adivinar. Sólo que, a diferencia del cielo, a él no se le pasó; terminó amarrando una cuerda a la imagen de San Isidro y el otro extremo a la silla de su caballo, luego la

arrastró afuera del pueblo y la dejó en medio de un potrero, amenazando con fusilar a quien se atreviera a devolverla a la ermita.

Esa tarde el cielo se volvió a poblar de nubarrones. No eran las nubes que estábamos acostumbrados a mirar; estas tenían una coloración parda, espesa, compacta, como inmensos montículos suspendidos en el aire. Apenas empezábamos a sorprendernos cuando ya nos estaba azotando una inclemente lluvia de arena que nos agujereaba la piel. Algunos pudimos llegar a las casas, pero era como si estuviéramos afuera porque nada se distinguía; todo estaba inundado de bruma, parecía que flotábamos en medio de un torbellino. Luego empezó el diluvio y las calles de Matalascañas se llenaron de aguas revueltas. El aguacero duró apenas unos minutos; luego todo quedó en silencio.

Cuando salimos a las calles aún seguían escurriéndose las aguas pardas. Algunas vacas y borregas habían quedado en los charcos, panza arriba. Corrimos a ver si aún podíamos salvar algún animal, pero lo que encontramos nos cortó la respiración: junto a los cuerpos estaban flotando muchos peces, algunos de ellos todavía vivos, se sacudían entre el lodo intentando sobrevivir. A pesar del susto esa noche cenamos pescado.

Durante toda la madrugada siguieron lloviendo peces. De vez en cuando nos despertaba el ruido que hacía uno que otro animal estrellándose contra los tejados. Cuando amaneció, el cielo seguía igual de gris, parecía que el aguacero podía volver de un momento a otro, pero lo único que siguió cayendo fueron los peces: gordos, ricos, enormes, plateados, sólo que ahora casi todos caían

mueritos. El Ciudadano ordenó que fuéramos a rescatar a San Isidro para agradecerle la doble bendición que nos había dado y para pedirle perdón. Lo hallamos sepultado entre los montones de lodo que había dejado la lluvia, con la cabeza medio desbaratada por la humedad y el cuerpo raspado por el arrastre.

Después de contar los animales que mató la tormenta, los daños en las casas, la destrucción de los campos y la pestilencia cada vez más insoportable que envolvía al pueblo, algunos no estábamos muy convencidos de que aquello fuera una bendición; pero el Ciudadano, que iba encabezando la procesión, oraba y cantaba con tal vehemencia que cualquiera hubiera pensado que lo poseía el espíritu de un profeta. Camino de la ermita íbamos viendo caer peces cada vez más grandes, desprendidos de una negrísima nube que parecía perseguir la procesión como si tuviera vida propia, y a cada animal que caía, el hombre elevaba más la voz y agradecía con mayor fervor al santo.

Afuera de la ermita estaba el maestro Fontanes. Tenía un libro en la mano y nos miraba con esa mezcla de superioridad y conmiseración que suele caracterizar a los iluminados. Cuando llegamos alzó el libro como si fueran las tablas de Moisés y nos dijo que aquella lluvia de peces no era ninguna bendición celestial y que todo se debía a un proceso natural que comenzaba con los tornados en los océanos; que los animales eran transportados en las nubes y que luego caían con las lluvias tal como lo habíamos visto. Después de escuchar las complicadas explicaciones del maestro Fontanes no nos quedó duda alguna de que todo era obra de San Isidro, ni de que el

maestro había terminado por volverse loco. Empezamos a insultarlo hasta que el Ciudadano lo mandó encerrar.

—Y agradézcale a él que no le meto un tiro —dijo señalando con la pistola al santo cuando se llevaban al maestro.

El Ciudadano entró a la ermita para depositar la imagen maltratada de San Isidro; nosotros nos quedamos afuera. La colocó en el altar con absoluta solemnidad e intentaba besar la base raspada donde antes estaban los pies del santo cuando cayó la ballena. Era un animal pardusco, descomunal, que aplastó la débil construcción de la iglesia con el Ciudadano y el santo dentro. La ballena tenía la panza abierta y por allí terminaron de escurrirse unos cuantos peces en descomposición.

Ese fue el último animal que llovió en Matalascañas.

Desde entonces no ha vuelto a llover. Las nubes siguen haciendo sus procesiones cada tarde; nosotros ya no. El chorrillo volvió a fluir y nosotros seguimos bebiendo sus aguas revueltas, observando cómo desciende su turbiedad con la misma desconfianza que esperamos lo que algún día pueda caer de las nubes.

## Algo en la carretera

Los últimos kilómetros se habían convertido en una serie de ascensos y descensos que recordaban la montaña rusa. Eran las cinco de la tarde y los rayos del sol transformaban el parabrisas en un caleidoscopio embriagador. Como era costumbre, Glenda conducía el auto de su esposo. Hacía casi un año que habían adquirido la casa en la playa, pero el trabajo de ambos impidió una y otra vez que la visitaran, de modo que estas serían sus primeras vacaciones en cuatro años de matrimonio. Algo en medio de la carretera obligó a Glenda a pisar el pedal del freno hasta el fondo y a dar un volantazo. Dos cortinas de humo se elevaron sobre el pavimento mientras el interior del coche se llenaba de un intenso olor a quemado. Hernando iba dormido y sólo despertó cuando su cabeza marcó un asterisco en el parabrisas. La mujer bajó del auto sin dar importancia a las contusiones de su esposo, que se entretuvo primero buscando los pañuelos desechables (que habían quedado en la parte posterior del auto) y después tratando de eliminar la sangre de su frente, de sus anteojos y de la tapicería. Cuando se hubo convencido de que sería imposible enderezar los lentes,

bajó del auto para encontrarse con una escena que el humo, los anteojos inservibles o los efectos del golpe hacían completamente borrosa. Su mujer estaba unos metros adelante, inmóvil sobre la carretera, atajando con su figura los rayos solares que proyectaban destellos alrededor de ella; a Hernando le vino a la memoria la imagen de la Virgen, pero lo que había a los pies de su esposa era muy distinto de lo que se puede observar en cualquier cuadro religioso, había un hombre sobre el pavimento. Mil imágenes acudieron a su cabeza durante los segundos que tardó en llegar al lado de su mujer. El hombre no estaba muerto; ni siquiera había sido arrollado, al menos no por su esposa; sin embargo estaba ahí, hecho un ovillo en el asfalto, con el cuerpo cubierto de moretones y rasguños, estremeciéndose frenéticamente; sus ojos se movían desorientados de un lado a otro y su garganta, incapaz de producir sonidos coherentes, emitía sollozos entrecortados; parecía un niño al que le hubieran prohibido llorar. Hernando dejó salir un suspiro semejante a los del hombre en el suelo y se aferró al cuerpo de su esposa, que tampoco paraba de temblar.

Empezaba a oscurecer cuando Glenda puso de nuevo en marcha el auto. Desde que encontraron al hombre habían discutido sobre diversos asuntos. Comenzaron por decidir lo que harían con él y terminaron en recriminaciones mutuas. Hernando se negó una y otra vez a subirlo al coche, en tanto se terminaba la cajetilla de cigarros. Tomó al hombre por los sobacos y lo levantó. Un breve espaldarazo, casi amistoso, de Hernando, y el hombre echó a andar; dio dos pasos completos antes de caer al pavimento sin meter las manos. Mientras Her-

nando repetía el procedimiento dos o tres veces con los mismos resultados, Glenda no había dejado de hablar; le echó en cara sus desatenciones y su pusilanimidad. Ella no iba a dejar al hombre ahí. ¿No conocía él tantos casos de automovilistas y camioneros que, habiendo sufrido accidentes o asaltos, subían todavía conmocionados a la carretera, quizá en busca de ayuda, para terminar arrollados por terceros? Esto último tuvo mucho sentido para Hernando porque él mismo sentía la cabeza aturdida y no sabía si era por el golpe o por los alegatos de su mujer.

Acordaron llevarlo hasta el pueblo y entregarlo a la primera estación de policía que encontraran, aunque después se arrepintieron porque a esa hora no era mucha la diferencia entre el aspecto de ellos dos y el del hombre. Mejor era demorarse un poco que despertar cualquier sospecha. Glenda había llorado en forma dramática, tenía el cabello revuelto y el maquillaje se le había convertido en una máscara barata. Hernando tenía la cara ardidada por el viento y el sol de la carretera, y el cuello de la camisa manchado de rojo. En el asiento posterior, el hombre llevaba puesto únicamente el saco de Hernando; el cabello enmarañado le caía hasta las solapas salpicadas de sangre; ya no temblaba, pero los ojos seguían moviéndose de un lado a otro en forma mecánica, como péndulos de reloj. Tenía el cuerpo flaco pero correoso, desmedrado quizá por el hambre y la fatiga. Hernando no pudo abstenerse de echarle un vistazo al sexo, que se mantenía parcialmente erguido, ajeno a la inconsciencia de su dueño. Cogió los últimos pañuelos desechables y los arrojó sobre el vientre del hombre sin

que éste pareciera advertirlo. Al voltear se encontró a su esposa ajustando el retrovisor. Nadie habló durante el resto del trayecto.

En la casa se reanudó la discusión. Glenda estaba empecinada en que el hombre durmiera en la recámara de huéspedes mientras Hernando insistía en encerrarlo en la cochera. No había servidumbre, así que la mujer entró en la cocina y empezó a preparar lo primero que se le ocurrió mientras su marido hacía que el inquilino se pusiera unas bermudas. Dadas las condiciones en que el hombre se encontraba era imposible que se vistiera por sí mismo; Hernando tuvo que vestirlo a regañadientes. Se rascó furiosamente la cabeza para no abofetear al tipo que seguía con la mirada perdida. Cuando se hubo calmado un poco logró percibir la respiración de la mujer.

—Vengan a cenar.

—¿Va a cenar con nosotros?

—No pensarás tratarlo como a un perro.

La cena se efectuó en silencio. La mirada de Hernando iba una y otra vez de la cara de su esposa a la del hombre, que ni siquiera probó la comida y que permanecía acuclillado a un lado de la mesa, con los ojos moviéndose de acá para allá, inmutable. Glenda no tuvo oportunidad de enojarse; su mirada se desviaba en forma instintiva hacia el hombre y hacia su marido. Al poco rato parecía que los tres estuvieran contagiados de una rara enfermedad cuyo único síntoma fuera el movimiento pendular de los ojos.

—Deberíamos bañarlo —pronunció Glenda de pronto.

Entonces Hernando se levantó, de unas cuantas zancadas subió las escaleras y se encerró en la recámara dando un portazo. Glenda no se conmovió; permaneció en su sitio con la cara transmutada en una máscara ambivalente en la que los ojos tenían una expresión de azoro mientras los labios desplegaban una sonrisa socarrona. Los ojos simiescos del hombre detuvieron en ese momento su oscilación y las pupilas fueron empequeñeciendo hasta enfocar agudamente a la mujer. En las comisuras se le dibujó una sonrisa apenas perceptible. Glenda no fue ajena a este suceso, y pudo sentir que una corriente eléctrica le recorría la espina dorsal.

La noche fue demasiado corta. Antes que los rayos solares a Hernando lo despertó el ardor en el rostro, que empezó a generalizarse por todo su cuerpo en cuanto descubrió que su mujer no había dormido junto a él. Se levantó mascullando mil imprecaciones, sin los anteojos pero con las llaves del coche en la mano, decidido a llevar al hombre a la policía. No lo encontró en la cochera; cuando volvió sobre sus pasos los ojos torpes descubrieron el traje de baño con que había vestido al hombre y las prendas de Glenda tiradas en el pasillo. Frente al cuarto de huéspedes dudó un instante antes de abrir.

Lo que sintió enseguida fue lo más parecido a un incendio en las entrañas, era como si la sangre se le quisiera escapar en forma de un torbellino que le impedía respirar. Deseó con todas sus fuerzas volver el tiempo atrás, no haber encontrado al hombre, no llevarlo a su casa ni dejarlo a solas con su mujer. Su esposa estaba en la cama completamente desnuda, de costado; la palidez de sus nalgas hacía contraste con el rojo brillante de la

sábana. El hombre estaba al lado, también desnudo; había sangre en sus manos y de su boca colgaban pedazos de vísceras. Sus ojillos se movían oscilantes, como siguiendo la trayectoria de una mosca que sobrevolaba el cadáver de Glenda.

## Nuestra Señora de la Tele\*

*A doña Aurelia Pesina*

A doña Luisa se le esfumó todo rastro de sueño la mañana que, al querer sintonizar el noticiario matutino, se encontró la silueta de la Virgen en la pantalla de su televisor.

Aunque para entonces la voluntad mariana había transformado varias casas en pequeñas capillas —algunas con tan poco éxito que no lograron reunir a más de diez feligreses— el milagro de los Bárcenas llamó la atención del vecindario desde el principio. Al mediodía, familiares, vecinos y curiosos habían desocupado el cuarto que hacía de sala-comedor para llenarlo con flores, veladoras y rezanderas, y habían instalado el mobiliario en la banquetta para acomodar a los que no encontraron lugar dentro de la casa. Después de la comida llegaron los mariachis y grupos de danzantes que llenaron la calle de música, bailes y gritos. Las dos patrullas que vinieron a restablecer el orden termina-

---

\* Publicado por primera vez en la antología *Perros de agua. Nuevas voces desde el sur de Tamaulipas* en 2007.

ron cerrando la calle para que músicos y bailarines se movieran a sus anchas.

A fuerza de ser sinceros, habría que aclarar que aquella imagen —bautizada por los medios como “Nuestra Señora de la Tele” por no parecerse a las vírgenes conocidas— no tenía la nitidez de otras apariciones. En media pantalla, una primera ojeada no revelaba más que el empalme de manchas rosadas, azules y verdosas; haciendo alarde de imaginación, las personas comunes podían asignarle a esa mancha iridiscente las fisonomías más contrapuestas; pero los hombres y mujeres de fe verdadera estaban convencidos de que aquello era el auténtico retrato de la madre de Dios. Nuestra Señora de la Tele tenía, además, una ventaja sobre cualquiera otra impresión milagrosa conocida hasta entonces: los fieles podían venerar a la Virgen al mismo tiempo que disfrutaban de sus programas favoritos.

De modo que la duermevela de esa primera noche se acompañó con un murmullo continuado de las rezanderas, varias versiones de las Mañanitas, muchas danzas mestizas y todos los *infomerciales* televisivos. Si bien no era agradable ver a la santísima Virgen compartiendo la pantalla con bombas de vacío y cremas agrandadoras del miembro viril, los trasnochados interpretaron aquello como un mensaje cifrado de Nuestra Señora para revelarles la solución a sus más rancios problemas; las mujeres amanecieron con la absoluta convicción de que en el televisor de los Bárcenas estaban los remedios para todos sus males, desde las malteadas ultra-reductoras hasta el más poderoso eliminador de cochambres.

La madrugada se sobresaltó con la primera peregrinación: la de los patrulleros, que no quisieron reanudar su labor sin encomendarse antes a la protección de la virgencita, y además reunieron vía radio a varias decenas de patrullas más, que ensordecieron la colonia con sus sirenas. Poco después arribó la Asociación de Periodistas, declarando a voz en cuello que el motivo de su presencia era meramente profesional; sin embargo trascendió que los mismos comunicadores pretendían adoptar a Nuestra Señora de la Tele como su patrona.

El alboroto que provocaron los peregrinos se vio interrumpido con la llegada del padre Otto. Doña Luisa lo había mandado llamar desde el día anterior, pero el sacerdote no le dio importancia hasta que vio al televisor de los Bárcenas salir en la televisión. Tuvo que abrirse paso entre devotos, reporteros y curiosos que ni siquiera advirtieron su presencia, embelesados como estaban al ver en el noticiero su propia imagen junto a la de la Virgen. Llegó hasta el centro de la sala y se colocó delante del aparato obligando a las rezanderas a interrumpir sus oraciones. Después de reprender a propios y extraños el padre se dedicó a efectuar en torno al televisor unos movimientos tan estudiados como grotescos mientras murmuraba lo que sin duda eran fórmulas de exorcismo; luego sacó de entre sus ropas un hisopo y salpicó con agua bendita cuanto hubo a su alcance; como parte final de su acto utilizó su propia sotana para limpiar la pantalla del aparato. Aquel espectáculo pudo haber competido con cualquier acto de ilusionismo, transmitido en las horas previas si no fuera porque en esa ocasión el truco no dio resultado: en el televisor de los Bárcenas

Nuestra Señora de la Tele resplandecía con renovado brillo tras la desempolvada bendita. El padre Otto salió de ahí hecho un energúmeno, desoyendo risas, súplicas y reclamos de su feligresía.

La concurrencia de la segunda noche superó a la de la primera no sólo en el número de participantes, también en la talla de los mismos. En esta ocasión las Mañanitas no fueron ejecutadas únicamente por mariachis, sino por artistas famosos —algunos, otros pretendían serlo con la ayuda de Nuestra Señora— y no faltaron los políticos que aprovecharon la ocasión para reafirmar su postura político-religiosa, además de regalarse lo que la prensa calificó como “baños de pueblo”. Afuera la calle se había convertido en una auténtica romería y había que avanzar sorteando a quienes, tendidos en el pavimento, intentaban recuperar las energías derrochadas en danzas, cánticos y rezos; entre ellos los Bárcenas. Ni los dueños de la casa, ni allegados, ni vecinos supieron con certeza cómo se organizaron los turnos para las comidas, ni el proceso cooperación-elaboración-producto; lo único claro era la eficiencia de aquella maquinaria que logró preparar y distribuir el café para todos los desvelados ese segundo amanecer.

A media mañana se presentó de nuevo el padre Otto; esta vez acompañado de un radiotécnico. El padre no emitió comentarios; llegó hasta la sala y le hizo un ademán a aquel singular acólito para que revisara el aparato. Una simple revisión externa le bastó al técnico para dictaminar que la mancha —así llamó a la Inmaculada— se debía a una falla en el cinescopio. Luego de barrer a los devotos con una mirada desafiante, el padre le ordenó al técnico

que apagara el televisor. Así lo hizo, sólo que el aparato volvió a encenderse. A petición del sacerdote, el tipo intentó apagarlo varias veces más, pero el televisor siguió insensible al mando del interruptor. Entonces el radiotécnico concluyó que también el sistema de encendido estaba averiado. Como era de esperarse nadie creyó en sus teorías y el hombre tuvo que abandonar la colonia esquivando sus propias pinzas y desarmadores que en manos de los ofendidos se convirtieron en armamento aéreo. Al padre Otto lo salvó su investidura —le dijeron—, pero por su propio bien era mejor que no dudara de la autenticidad del milagro. En la multitud, algunos iniciaron una consigna que no tuvo mucho eco: “El hereje es Otto...”.

En los días sucesivos se verificaron tres cambios trascendentales. El primero tenía que ver con el aspecto general de la calle, que luego de tanta procesión se antojaba el escenario perfecto para una película de guerra; el segundo era la configuración y el ánimo de la muchedumbre, la algarabía del principio había cedido su lugar a las almas atormentadas que en poco tiempo fueron mayoría; y el tercero —acaso el más importante— era la transformación que experimentó la propia imagen de Nuestra Señora, su silueta difusa se extendió al otro hemisferio de la pantalla al tiempo que multiplicaba sus colores. Esa extraña evolución desencadenó también una serie de cambios en la organización de la feligresía. Dadas las circunstancias hubo quienes debieron especializarse en tareas específicas tales como organizar a los afligidos en pequeños grupos según la naturaleza de sus problemas; enfermos graves, crónicos y terminales; em-

presarios y políticos en desgracia, obreros y desempleados, abandonadas y cornudos, desesperados en general... y conducirlos hasta la sala para que —previa cuota de recuperación— ninguno se quedara con las ganas de tocar la imagen sagrada. Asimismo, algunos se dedicaron a encontrar las razones no sólo de los cambios en la forma de la Virgen, sino de los posibles mensajes que ella les estuviera manifestando a través de la programación que ahora se reducía exclusivamente al audio. Alguien propuso que la Virgen les estaba pidiendo que escucharan.

Al final de la semana la calle se vio invadida por una caravana de furgonetas lujosas y patrullas. Algunos pensaron que llegaba un artista excéntrico y otros que se trataba de algún secretario de estado o del mismo presidente, que es muy religioso. Ni unos ni otros acertaron, los hombres del convoy conformaban un equipo multidisciplinario del Vaticano y venían a evaluar la autenticidad de la aparición; el padre Otto venía con ellos. Tras largas explicaciones, alusiones a Su Santidad y sermones que repasaron todos los niveles de la persuasión, los religiosos entraron en la capilla. Si bien los integrantes de aquel equipo hubiesen podido llenar la otrora sala-comedor de los Bárcenas, los devotos se resistieron a dejarles el campo libre, así que dentro del recinto la aglomeración apenas permitía el movimiento por fricción. Luego de comprobar que el televisor volvía a encenderse por sí mismo a cada intento por apagarlo, los hombres anunciaron que se lo llevarían para estudiarlo. Allí comenzó el conflicto. Al principio fue la discusión entre religiosos y devotos; el padre Otto, bastante enojado, se atrevió a tachar a sus oponentes de miedosos y estafadores.

A esto se sumó la discusión entre los representantes del Vaticano y el padre Otto porque aquellos querían que el problema se resolviera por la vía del diálogo, pero el padre arremetió también contra ellos calificándolos de maricones. Otra arista del problema fue la discrepancia entre los devotos, pues mientras algunos se negaban a que los religiosos desconectaran el televisor, otros estaban convencidos de que el aparato continuaría encendido aun sin el suministro de electricidad. Llegó el momento en el que no hubo parte del televisor de los Bárcenas —desde la pantalla hasta el cable tomacorriente— que no estuviera cubierta por una mano amiga o enemiga; en el siguiente instante el televisor ya estaba en el piso, convertido en un montón de vidrios, alambres y plásticos humeantes.

Doña Luisa no dejó de sentir cierto alivio cuando vio en el noticiero matutino el resumen de la noche anterior. Ninguno de los Bárcenas tuvo oportunidad de presenciar aquellos acontecimientos en vivo porque hacía dos días que habían solicitado asilo en casa de los compadres. El noticiero no escatimó detalles de la discusión entre los representantes de la iglesia y los fanáticos —así los calificó—, al tiempo que mostraba las imágenes que habían dado la vuelta al mundo durante las últimas horas; comercios saqueados, coches en llamas, hombres riñendo, mujeres gritando, niños gimiendo y varios miembros de la iglesia a punto de ser linchados. El gobierno de la ciudad había tenido que implementar un gran operativo policial para deshacer la revuelta. El saldo fue de doce curas y sesenta ciudadanos hospitalizados, daños cuantio-

sos a particulares y a monumentos públicos y diecisiete vehículos quemados; además de cuarenta y tres civiles y diecinueve policías —devotos todos— detenidos. La última nota del informativo eran las declaraciones del padre Otto, que había salvado la vida por un auténtico milagro —o eso declaró ante las cámaras— y en su cama de hospital se lamentaba de que en nuestra sociedad y en pleno siglo XXI hubiese tal grado de fanatismo entre los católicos. Un *close up* de la espalda del padre llenó por unos instantes la pantalla del televisor; doña Luisa Bárcenas pudo identificar en aquellos moretones la imagen de Nuestra Señora.

## Fuera del cuerpo

*Para Luis Martín García Pesina*

**E**n la mañanita me despertó el camión destartado de Anselmo; había venido muy temprano por Serapio y por mí para que le ayudáramos a levantar la enramada de su boda con Juanita, la hija de la curandera.

Lindolfo fue el último en llegar; ya traía un montón de cervezas en la panza y andaba medio atarantado, pero se empeñó en subirse al techo para amarrar los manojos de tule. A la tercera vez que se cayó, Anselmo le dijo que mejor le ayudara a acomodar las cajas de cerveza, pero un rato después Lindolfo había destapado la primera botella y estaba bebiéndosela en una esquina, cantando a grito tendido.

Lindolfo era una de esas personas que jamás aprenden de sus tropiezos. Parecía que la memoria le cicatrizaba mucho mejor que el cuero; tenía la frente, la barriga y los brazos tapizados de recuerdos de sus parrandas y de sus peleas, pero él no les daba importancia. “Para morir nacimos”, decía endureciendo sus ojos negros, y volvía a empinarse la botella.

Ese día estaba haciendo mucho calor, y el tamo del tule empezó a revolverse con nuestros sudores hasta que acabamos poniéndonos los pescuezos colorados de tanta rascadera. Anselmo detuvo el trabajo y dijo que destapáramos unas cervezas. Fue como si hubiera dado por terminada la jornada porque luego destapamos otras y otras hasta que nos acomodamos entre las fajinas de tule para seguir vaciando botellas mientras coreábamos las canciones de Lindolfo y ya no volvimos a acordarnos de la comezón.

No supe si fue a Lindolfo o a Serapio al que se le ocurrió que fuéramos a la cascada, pero Anselmo no se hizo del rogar; la verdad era que tanto Juanita como doña Cointa ya le habían dado a entender que nos sacara de ahí porque estábamos haciendo de las aguas en la enramada de su boda. El asunto es que nos trepamos al camión de Anselmo con dos fajinas de tule y una caja de cervezas, y enfilamos río arriba.

Empezaba a caer el sol cuando llegamos a la cascada. Nos apeamos con dificultad y caminamos hacia el borde para ver el salto de agua. Este caía como hacha enloquecida sobre una enorme laguna; luego se hacía una especie de remolino verde que parecía devorarlo todo. Ahí no se oía más que el ruido de las aguas que chocaban. Cuando quisimos reaccionar Lindolfo ya se había aventado al vacío.

Lindolfo vio el tamaño de su idiotez hasta que estuvo dentro del agua; hizo intentos desesperados por salir a la superficie, pero el remolino se lo volvía a tragar. Varias veces pudimos ver sus manos agitarse fuera del agua, pero no conseguíamos movernos. Era como si tu-

viéramos clavados en el piso los dedos de los pies. Sólo Anselmo alcanzó a correr hacia una lancha que estaba cerca de la cascada, pero cuando llegó abajo y se metió al lago ya no se distinguían las manos de Lindolfo.

Para entonces ya se nos había quitado la borrachera y nos mirábamos unos a otros con los ojos llorosos y la boca reseca. Anselmo siguió buscando en el lago, hundiendo una vara en el agua verdosa, pero estaba tan profundo que no alcanzaba a tocar nada. De pronto sintió que le agarraron la rama y tiró con fuerza del varejón; al final venía Lindolfo con la cara amarilla y los ojos negros desorbitados, perdió el conocimiento cuando ya estaba arriba de la lancha.

Luego que hicimos reaccionar a Lindolfo los cuatro nos quedamos mirando el lago verde. Pasaron muchos minutos sin que nadie dijera nada. Serapio fue el primero en levantarse pero no habló, fue por las botellas y las aventó al lago maldiciendo. Luego nos regresamos al pueblo. Durante el camino fuimos felicitando a Lindolfo por esa segunda oportunidad que le había dado el cielo. Serapio y Lindolfo le juraron a la Virgen que ya no volverían a tomar y Anselmo prometió que sería el mejor de los esposos para Juanita.

Durante los siguientes días terminamos la enramada. Lindolfo no ayudó, estuvo metido en su jacal. Lucila, su esposa, fue a vernos; quería que le ayudáramos con su viejo porque desde el domingo estaba bien pálido y ojeroso, temblando todo el día y sudando más frío que un sapo; el aliento le apestaba horrible.

Entre los tres llevamos a Lindolfo con doña Cointa, que le hizo una limpia con hierbas que olían peor que él

y le dijo que debido al susto su alma se había salido del cuerpo y andaba vagando desamparada, pero que con algunos rezos y otras tres limpias ella conseguiría que el alma regresara a donde debía de estar, que mientras tanto había que quemar alumbre mezclado con aceite de cocina y hojas de campanilla durante todas las noches, y que después de quemarlos se pusiera un poco de la ceniza en las plantas de los pies.

Apenas habíamos salido de la casa de la curandera cuando nos dimos cuenta de que el semblante de Lindolfo se había transformado. Su cuerpo seguía igual de blanco y ojeroso, pero sus ojos brillaban con una energía que no le habíamos notado. Lo dejamos en su casa y le explicamos a Lucila lo que tenía que hacer. Ella se quedó muy animada y anduvo consiguiendo las hierbas con las vecinas, pero cuando buscó a Lindolfo para hacerle el remedio él ya estaba en la cantina.

Lindolfo estuvo emborrachándose desde el miércoles hasta el sábado. Nadie sabe si durante esos días descansó, durmió o comió alguna vez, pero anduvo recorriendo el pueblo entero seguido por una jauría de perros que no se decidían por ladrarle o aullar desconsolados. Tanto a Anselmo como a Serapio los buscó la segunda noche, pero ellos no le hicieron caso; le reprochaban que hubiera olvidado su promesa tan pronto. A mí me buscó el viernes; llegó a medianoche cantando a todo pulmón y vomitándose entre los tejados.

Mi mujer se emberrinchó porque me levanté, pero no lo hice por gusto, había algo en Lindolfo que hacía que yo sintiera harta lástima por él. Parecía que estaba muy contento, pero yo notaba que sufría. Además, aquel

olor a podrido era cada vez más fuerte. Yo no sabía si era el susto o el alcohol lo que lo carcomía, pero de que Lindolfo ya no era el mismo no me quedaba duda.

El sábado fue la boda de Anselmo. Lindolfo fue el primero en llegar. Se acomodó bajo la enramada con una botella en las piernas. Anselmo intentó hablar con él, convencerlo de que se fuera a su casa, pero fue inútil; Lindolfo no entendía nada, apenas podía pronunciar algunas palabras sueltas. Todos notaron que Lindolfo estaba muy mal, pero no hicieron nada, se limitaron a ignorarlo, sólo doña Cointa mandó que le rociaran el jugo de varias hierbas que machacó apresurada en la cocina. Los perros siguieron aullando a un lado del borracho como esperando un desenlace que podía llegar de un momento a otro.

Al terminar la boda, de acuerdo con la tradición, los amigos solteros de Anselmo lo cargaron en hombros para arrojarlo al río, pero no terminaron de hacerlo porque ahí se encontraron flotando el cuerpo de Lindolfo. Tenía una semana de muerto, estaba hinchado y las tortugas le habían comido parte de la cara, pero todos sabíamos que era él porque sus ojotes negros estaban intactos y llenos de energía. Regresamos corriendo a la enramada, pero el Lindolfo que había llegado a la boda ya no estaba ahí. En su lugar había un charquito de agua. Los perros ya se habían ido.



## Luces no más

**N**i modo que lo deje ahí, desbalagado en el pavimento, aplastado por su propio peso; como si las partes de ese esqueleto ya no fueran suyas, es decir no los miembros de un mismo cuerpo sino pedazos inconexos, amontonados sobre la carne marchita, inmóvil, desvencijada. Adheridas al asfalto las temblorosas piernas y las rodillas, y las caderas y el pecho y los huesudos hombros y los brazos y los codos y esos sus pómulos, tan saltones que se le achatan de un lado y del otro cada vez que se arremolina en el pavimento; sobre este suelo tan escupido, tan orinado, sobre el polvo infinitamente pisado. Sus huesos encima de pequeñas piedras, sobre las piedras medianas, las grandes rocas picudas que se le clavan en las costillas sin que siquiera se entere porque su conciencia escapó ya hace un buen rato, porque su memoria se pierde y regresa y se vuelve a perder a cada momento. Y qué bueno que no se despierta, pues si despertase podría darse cuenta de que ese cuerpo ya no le responde, de que ya no es suyo, que le es tan ajeno como el cuerpo de ella, de Antonia la “Choco”, la de rostro oscuro pero tetas blancas; la que se fue el martes por

la madrugada y se llevó el único objeto valioso con que ellos contaban: una grabadora de luces azules, verdes y rojas que él sentía tan suya, que él consideraba su única herencia para cuando el viejo por fin se muriera.

Aquel aparato fue causa de tantas peleas entre el niño y la “Choco”; todo por los focos de la grabadora que en medio del cuarto prendían y apagaban siguiendo el compás de cumbias y salsas y alguno que otro corrido con los que de plano se perdían los ritmos. Del otro camastro, ahí donde ella gruñía y sollozaba y daba de brincos hincada en los huesos del viejo, salía luego un grito y mil maldiciones y a veces volaba un zapato, un huarache a donde él dormitaba. No era la música lo que hacía rabiar a Antonia —bien se lo había dicho: todas las cumbias la ponían alegre—, eran esas luces azules, verdes y rojas inundando el cuarto en plena madrugada, en tanto que ella intentaba imprimir su ritmo sobre el otro cuerpo de por sí pausado. Levantada entonces, furibunda, histérica y mal encachada, temblando de rabia sus descoloridos pechos: dos blancas pantallas donde las tres luces se desdibujaban, cogía el cinturón del viejo y le daba de azotes al niño y a la grabadora. Mientras él, pegado a las mantas, lloraba y gemía sin provocar la respuesta del padre, ritmos tropicales llenaban la fiesta de la grabadora luces apagadas.

Si la “Choco” no se la hubiera llevado, si sólo se hubiera ido como hace la gente que anda esta calle, nada de eso habría pasado. Estos son distintos. Esta gente llega, ve y se va; no dice nada o lo que pronuncia no se oye a ras del suelo. Nada piden. ¿Qué pueden pedir si hallaron lo que buscaban, o quizás lo que sin saberlo anhelaron? ¿Cómo

decir entonces que no se van con las manos vacías si en ellas nada llevan? Hay quienes, en cambio, lanzaron monedas que fueron a dar bajo de las costillas del viejo; ellos, de algún modo, también se ayudaron. Ellos tomaron algo que no se percibe con la mirada. La “Choco”, al contrario, se ha llevado más de lo que merecía. Les quitó algo claro, visible, que ha sido la grabadora, y cargó además con lo inmaterial: la esencia del padre; porque eso que sigue tirado en la calle no es su viejo sino un triste puñado de huesos hediondos a orines, a mezcal y a sangre.

Alguien llamó a la Cruz Roja. Otro ha censurado esa iniciativa. Nunca falta quien no se conforma con ver y largarse. Algunos están discutiendo con quienes imaginaron que al viejo lo habían arrollado. Tirada la bicicleta, el cuerpo en el piso, los desechos en la calle, ¿por qué tenían que pensar otra cosa? Y los autobuses, los coches, los taxis, camiones de carga, las motocicletas y carros de mulas se van apilando unos detrás de otros; frenan, aceleran, frenan, vienen avanzando, esquivan al viejo y a la bicicleta y a él y a cinco o diez tipos o viejas o niños que le impiden ver al otro lado, a donde esas luces verdes y amarillas y rojas mantienen a raya todo ese rosario de hierros humeantes. Otra luz, arriba, le quema los ojos. Allá en lo alto, en las ventanillas de los microbuses, los pasajeros se agolpan mirando la escena. Desde ahí unos niños le hacen sendas muecas. En tanto el camión aguarda al semáforo los chicos juegan a escupir la turba: pocos lo consiguen. De nada les sirve identificarlos, gritarles, correr detrás de ellos, es decir del micro; con las luces verdes la fila despierta, se agita, hierve y se renueva en medio de nubes de colores, llenándolo todo el olor de los humos.

*Gotita de chapopote... pedacito de carbón...* aullaba su padre debajo de Antonia. Nunca hacía más ruido el viejo que la grabadora excepto cuando estaba en la cama con ella. Encorvada la espalda, su nariz hundida en medio de los pechos, como un ratoncillo hurgando en la harina. La “Choco” temblando, complacida con esas encías que le daban brillo a las coronas donde se reflejaban las luces de la grabadora. Una noche, Antonia, todavía excitada, vino hasta su cama y cargó con el niño y con el aparato, los llevó afuera y dejó ahí a los dos bajo el sereno de la madrugada; sólo por un rato, porque luego vino por la grabadora y la llevó adentro. No sería posible ya escuchar las cumbias y salsas y merequetengues durante la noche. Halló entonces la forma de desmontar las bombillas azules, verdes y rojas de la grabadora y las guardó consigo, para colocarlas tan solo de día. El viejo y la “Choco” quedaron contentos.

El padre reacciona. Le tiembla una pierna, se contraen los hombros, se encorva de pronto y por sus labios secos le brota, despacio, una bocanada de sangre espumosa. La gente se asusta, se agita, murmura; unos echan mano de los celulares y vuelven a hablar a los paramédicos. Hay quienes no soportan ese nuevo *show* y reanudan la marcha. Allá, todavía muy lejos, se escuchan sirenas buscando caminos entre los sonidos de pitos y motores.

Despertó una noche porque le quitaban de las manos la radiograbadora de luces dormidas donde titilaban las cuatro cuarenta de la madrugada. Antonia la “Choco” estaba ahí enfrente, la maleta en mano. El viejo, dormido. No quería soltar aquel aparato, pero Antonia lo apretó hacia ella, lo hizo rozar esos globos donde su padre me-

tía la cabeza. Aumentó su pulso; le creció la carne. Morir un segundo, perder la conciencia; su ardor al servicio de unos labios rojos, de un cuerpo moreno y dos pechos muy blancos. Se paró la “Choco”, cogió el tocadiscos sin decir palabra y salió dejando la puerta entreabierta. De día, soportar la rabia del viejo: los gritos, los golpes y las bofetadas, las quejas, sollozos, uno y otro trago, mezcal y cerveza; primera caída. Recorrer los barrios buscando a la “Choco”; una bicicleta rodando las calles, nadie encima de ella; un trago de vino en alguna esquina, consejos y burlas de uno que otro amigo; segunda caída. Encontrar a Antonia detrás del mercado, sin la grabadora.

Llega la ambulancia y algunas patrullas. La gente se agolpa, se aprieta, maldice buscando la vista mejor. Dice un paramédico que el viejo está muerto. La gente murmura que la sangre huele igual que el alcohol. A la fuerza, dos, tres personas intentan arrancar al niño del cuerpo del viejo y de la bicicleta. En medio de la turba la botella choca y sale rodando al centro de la calle, donde la rompe un camión. Quedan confundidos en el pavimento los cristales blancos de aquella botella y los vidrios rojos, azules y verdes de las lucecitas de la grabadora que el niño, horas antes, había triturado para ponerlas en el mezcal de su viejo mientras tarareaba la última canción.



## El paraíso es blanco

*¡Arriba Burgos y la mata de chile!  
Santo y seña del buen bebedor*

La parroquia de Nuestra Señora de Loreto tiene la tonalidad de las estrellas jóvenes, ese blanco radiante que a veces parece retozar entre el celeste y el violeta. Blanca por dentro y por fuera, parece empeñada en contarte ella misma esa leyenda escuchada tantas veces y de distintas maneras. Que los primeros feligreses donaron la leche de sus cabras para elaborar la argamasa que mantiene unidas esas piedras se te antoja un cuento; para ti ese santuario no es más que un edificio en forma de cruz; altar sencillo y trazos lisos donde los estilos artísticos se difuminaron en el color de la fe. Al centro de este escenario, las facciones de la virgen se organizan para devolverte en un mismo gesto todo el fastidio y la paciencia que verías en un espejo.

Las fiestas patronales tienen su cenit la noche del quince de agosto. Entonces, como un fruto que se parte a la mitad, el pueblo te muestra lo que esconde durante el resto del año. Mujeres hermosas aparecen por todos lados, expelidas por la tierra quizá del mismo modo que

algunas plantas arrojan sus semillas en el momento propicio para la fecundidad. Aquí y allá distingues rasgos conocidos: un rostro, un modo de andar, tal vez una mirada que un día llamó tu atención para esconderse después tras un velo negro; la misma que hoy te invoca, la que te arroja anzuelos desde un cuerpo voluptuoso, envuelto en un halo relumbrante. Es la atmósfera que provocan las fiestas patronales, el rebullir de una pleamar humana, la vida inundando esas calles habitualmente desiertas.

La plaza se ha convertido en un hormiguero. En tanto caminas al ritmo que impone la muchedumbre, tus pies tropiezan con los pies ajenos y quieres detenerte mas no puedes. En esa efervescencia pareciera que no eres tú quien avanza sino que todo se mueve en derredor tuyo bajo diferentes planos; ves desfilar los puestos de comida: el cabrito, el mole, la barbacoa, la torta de maíz y los tamales de elote, los dulces de calabaza y los de leche quemada; todos los olores se amontonan a las puertas de tu nariz atropellándose igual que la gente; del mismo modo se congestionan en tus tímpanos los sonidos que vienen de todas partes: de los altoparlantes, de los vendedores, de los fuegos artificiales, de los rumores y risas, de los juegos mecánicos que giran confundiéndote cada vez más.

De pronto ahí está ella otra vez. Como si alguien tirase de una cortina se desvela ante tus ojos, cubierta apenas por una seda blanca que se ciñe a su cintura y por ese velo que hoy no es negro ni le baña la cabeza, sino que es una mantilla azul sobre su cuello de paloma. La gente sigue marchando por sus costados sin perturbarla, sin corromper su mágica presencia. Te desconcierta

a tal grado que llegas a preguntarte si los destellos a su alrededor son producto de la difracción o si brotan de su cuerpo. No sabes cómo, pero un instante después estás enfrente de ella, percibiendo su calor y respirando su aliento. Los ojos que imaginaste verdes no son tales, sino un par de margaritas embebidas en dos gotas de agua. Todo empieza a girar.

—¡Ahora no! —grita la parte consciente confinada en el último rincón de tu cerebro, pero sus clamores no llegan a ninguna parte.

Dices algo, no sabes qué, pero estás seguro de que algo le confiesas porque sus ojos están clavados en los tuyos y su boca florece en una sonrisa delicada, como si ese rostro conociera la primavera en pleno agosto. Ella también dice algo, aunque tu parte sensata no puede escuchar; sin embargo, algo en ti reconoce el mensaje. Avanzan entre la multitud rodeados de imágenes que desfilan a velocidad de vértigo. Sus pasos los llevan cada vez más lejos del tumulto.

El templo está vacío. La fiesta se desarrolla afuera, acá sólo se oyen los ecos del exterior. El primer beso irrumpe como un rayo en la noche, ensordeciéndolos, deslumbrándolos con el color del ozono; lo demás es dejarse caer en ese torbellino donde todo se funde, donde se pierden tu piel y su piel, donde se combinan los ruidos de fuera con los balbuceos de los dos; donde se funden los aromas y los colores para formar un cosmos albino en el que navegas infinitamente. Algo dentro de ti sigue llamando, pero tus sentidos están ciegos, impedidos para percibir otra cosa que no sea este cuerpo y esa piel exquisita que te envuelve en su perfume exótico, y

esos ojos en los que te quedas sumergido, y esos pechos que explotan derramándose generosamente. Arropado en esa caricia te derramas también y los dos flotan en ese abismo lácteo que te ahoga y te reaviva.

El paraíso, ahora lo sabes, es blanco.

Abres los ojos y la claridad matutina entra de lleno a tu cerebro. Las fiestas terminaron anoche y el día te sorprende en el centro del templo, donde confluyen los reflejos de las paredes. Muchos ojos te acorralan, te dedican todas las reconvenciones que se pueden enunciar con la mirada. Arriba de ellos hay otros ojos, los que satisfechos te miran desde el altar.

## Automedicación

**E**ran las tres de la tarde y no había cocinado nada. Por fortuna Rubén había llamado para avisarle que llegaría hasta las siete, aunque, francamente, tampoco tenía ganas de preparar la cena. No estaba enferma, pero tampoco se sentía bien; el cerebro la importunaba de vez en cuando con unos latidos sutiles. Quizá era el efecto de la pereza que la castigó durante todo el día.

Pantuflas, bata y el pelo revuelto, arrastró los pasos entre los trastos y residuos del almuerzo que Rubén se preparó en la mañana. Seguramente se trataba de otro fracaso culinario porque Ágata estaba sobre la mesa, escribiendo figuras aéreas con su cola y exigiendo su comida con ese aire de superioridad que sólo los gatos son capaces de manifestar. Ella la ignoró con esa mezcla de culpabilidad e indiferencia que sólo las mujeres son capaces de mostrar.

Llegó hasta la cocina y empezó a revolver los cajones. Desde niña se había acostumbrado a utilizar la alacena como botiquín; entre las cajas de cerillos y sobres de *Kool-aid* había un extenso surtido de medicamentos vigentes y caducos: antigripales, analgésicos, antidia-

rreicos, una caja casi llena de aquella maravilla reductiva que resultó un rotundo fraude y las vitaminas de Ágata.

—¿Quién demonios puso esto aquí? —dijo entre sonrisas cuando descubrió la envoltura de un condón entre las medicinas. Seguramente había sido ella misma.

Rompió la envoltura con los dientes y empezó a extender la fina pieza de hule con total parsimonia, casi litúrgica. Luego la sostuvo a la altura de los ojos, como si intentara encarar a un poderoso tirano y al mismo tiempo descubrir los puntos débiles de su opresor. Su mirada y el látex estuvieron entrelazados hasta que en ambos se extinguió el último rastro de humedad, pero lo único que consiguió fue que se agudizaran los latidos en su cerebro.

Aquella no era una cefalea normal; no era el típico dolor de cabeza que se puede mitigar apretándose las sienes o la frente. Sentía las punzadas en la parte alta de la cabeza y no en los costados. Además, no sabía por qué, pero sentía cierto temor de palparse la parte que le dolía. Escogió al azar dos analgésicos distintos y se los empujó con un trago de refresco dietético.

—Si es bajo en calorías, debe ser bueno —murmuró entre risas.

Cuando regresó a la recámara se tiró sobre las sábanas revueltas. Le pareció demasiado lejana la última vez que las había visto así; últimamente la cama se arrugaba menos de lo que ella quisiera. La piel se le erizó y trató de convencerse de que era una sensación de frío; metió las manos en las bolsas de su bata y se topó con el condón. Cuando quiso poner en orden sus ideas ya estaba empapada en su propio llanto.

Era inútil disimularlo; había una crisis en su vida conyugal que los estaba llevando a los peores niveles de indolencia. Repasó mentalmente las veces que Rubén no había llegado a comer y volvió a estallar en sollozos.

Las punzadas se habían vuelto cada vez más sutiles y esporádicas hasta que desaparecieron por completo, pero entonces comenzó el cosquilleo en los dedos de las manos y los pies; luego la sangre le empezó a bullir como si se hubiese contagiado toda ella con el hormigueo de los dedos. Se levantó de la cama con un optimismo que le pareció fuera de lugar.

—Es hora de poner orden —repetía una y otra vez en voz alta y en silencio, aunque en realidad no sabía lo que significaban sus propias palabras.

Arregló la recámara con extraordinaria agilidad, se cambió de ropa y se sentó frente al espejo; pasó el cepillo una y otra vez por su melena alborotada. De pronto el cepillo resbaló de sus manos y sus ojos se hincharon mientras se llevaba la mano a la boca: en su cabeza había dos protuberancias que empezaban a sobresalir entre los cabellos.

Por su mente desfilaron vertiginosamente cada uno de los días que había pasado con Rubén, desde que lo conoció en la preparatoria hasta que se despidieron por la mañana. Un grito se quedó atorado en su garganta y fue reemplazado por una débil negación.

No podía ser. Aquello no podía ser lo que ella estaba pensando. Seguramente era alguna rara enfermedad. Podían ser tumores o quizá sobrehuesos. ¡Claro!, tenían que ser deformaciones de los huesos como los de la mu-

jer esa que aparecía en las fotos insólitas de la Internet. En ese momento volvió a sonar el teléfono.

Rubén iba a llegar más tarde porque tendría una cena con el director. La voz de él siguió sonando en la alfombra, pero no obtuvo respuestas; su esposa estaba mojando la almohada, apretándose con ambas manos las prominencias de su cabeza.

Los minutos se fueron sucediendo como los maullidos de Ágata detrás de la puerta. La luz del día acabó de escaparse por la ventana sin que ella se diera cuenta. De pronto la puerta se abrió y las luces se encendieron. Rubén había cancelado la cena con su jefe argumentando una posible emergencia.

—Tontita, no tienes nada —le repetía cariñosamente mientras le alisaba la cabeza que, en efecto, no tenía ningún abultamiento. La estuvo acariciando y mimando por largo tiempo. La ternura fue cediendo terreno a la pasión hasta que terminaron envueltos en una enardecida entrega.

Al día siguiente Rubén se fue al trabajo luego de desayunar con ella; se despidieron en la puerta con un beso superior a los de su noviazgo. Ella se encaminó hacia la cocina seguida por la gata; sacó de los cajones todos los medicamentos y los tiró a la cañería.

Fue hacia la recámara para recoger los estropicios del día anterior y se quedó contemplando satisfecha la cama revuelta. La ropa estaba en el piso. Fue recogiendo una a una las prendas de Rubén y se las ponía en el rostro para aspirar su olor mientras seguía observando la cama como quien admira su trofeo preferido. Estaba oliendo la camisa cuando descubrió la tarjeta. “Te espe-

ro”, decía en letras doradas con una caligrafía perfecta, y estaba firmada por “Alondra”.

Se llevó las manos a la cabeza. Allí estaban; allí iban creciendo aquellos dos pedazos de hueso.



## Sala de espera

*A Lorena Illoldi. Por los tiempos que no volverán*

A esa hora la sala de emergencias era la única sección abierta al público; los otros accesos permanecerían cerrados hasta las siete en punto. Por fortuna había un pasillo que unía las salas de urgencias y de medicina externa. Se felicitó por la idea. Le había llegado durante la madrugada, a la mitad de un sueño que ya no pudo recordar. Como el primer rayo antes de la tormenta —*¡fuizzz!*— el chispazo en su cerebro y después el sobresalto, el corazón acelerado, la excitación castañeteando en sus dientes y la prisa que lo llevó esa mañana hasta el hospital aún sin quitarse la ropa de dormir.

Sentía una emoción casi pueril; estaba a un tris de poner punto final a esa situación estresante en la que se había sumido durante los últimos meses. Era demasiado el tiempo que llevaba padeciendo la ineficiencia de ese hospital. “Del departamento de farmacia”, se corrigió mentalmente. La pesadilla había empezado el mismo día que acudió por vez primera ahí por causa de una inflamación testicular. “El medicamento es cu-tá-neo, no lo vaya a ingerir... y por favor, consígase una mujer,

eso ayudará más”, había dicho el médico con ese aire paternal propio de los doctores. “Ahora no lo tenemos en existencia, venga el próximo jueves”, le dijeron en farmacia, y le extendieron un vale con vigencia de una semana. Pero la siguiente semana debieron prorrogar la caducidad y lo mismo hicieron quince días más tarde. Al final le dieron un documento firmado por el mismísimo jefe del departamento que contaba con tres atributos especiales: vigencia indefinida, la promesa de llamarle por teléfono en cuanto llegase el dichoso antiinflamatorio y las consabidas disculpas. “Disculpas mis huevos”, se sorprendió pensando en voz alta, y no pudo reprimir la risotada que acudió a su boca del mismo modo que lo hizo esa madrugada en su cabeza la idea que lo tenía ahora en la entrada del sanatorio. El motivo le pareció ridículo por partida triple: en primer lugar porque si bien no le sobraba dinero, tampoco habría tenido problema en costearse el medicamento; en segundo, porque aquel malestar en los genitales había dejado de acosarlo mucho tiempo atrás, y en tercero porque a estas alturas debía tener bien claro que jamás le entregarían su medicina. Pero viéndolo bien, él hacía todo esto por mero orgullo; lo hacía para averiguar hasta dónde podía llegar la ineficiencia del instituto de salud y también para probarles que de él no se burlaban. La frase que ocupó sus pensamientos hacía mucho tiempo que había dejado de tener un significado literal para adquirir un sentido absolutamente metafórico. Se le habían hinchado, sí, y esa era razón suficiente.

Su memoria repasó todo esto en la silenciosa impaciencia de la sala de emergencias. Por esos pasillos,

casi atropellándose, iban de un lado a otro enfermeras, camilleros y doctores, todos con una extraña mezcla de preocupación y fastidio que convertía en pinturas cubistas los que habían sido rostros humanos. De este lado del mostrador los familiares de los enfermos lucían un ánimo que contrastaba con el de adentro. Diseminados a lo largo y ancho de la sala de espera, leyendo o aparentando leer unos, durmiendo o simulando dormir los demás, de sus frentes colgaban máscaras carnificadas cuyas expresiones iban desde una forzada resignación hasta una languidez absoluta. A nadie sorprendió su presencia; nadie lo escrutó ni hubo comentarios entre los testigos. Concentrados en sus propias actividades —auténticas o fingidas— evitaron cualquier cruce de palabras, cualquier contacto visual, acaso por respeto al descanso ajeno. La verdad, adivinó él, era que en la espera compartida habían agotado algo más que la conversación.

Había una banca obstruyendo el paso hacia el área de medicina externa. Permaneció un buen rato sentado ahí para encubrir su posterior intromisión. Luego descubriría que sus precauciones habían sido exageradas; la gente en esa sala tenía suficientes problemas para prestarle atención. Volvió a sentirse ridículo protagonizando un episodio de *Misión imposible*. Una parodia en todo caso. Él en pijama tomando por asalto un hospital del gobierno, entrando a hurtadillas a quién sabe qué hora de la madrugada. El botín esta vez no era el material radiactivo ni la caja fuerte, ni siquiera un lote de seudofedrina, sino un estúpido desinflamatorio que ya no necesitaba. Ridículo, ridículo, ridículo. Era tanto o más absurdo que el sueño abandonado a medias esa madru-

da. Era incluso más absurdo que cualquiera de sus sueños. “Pero aun el sueño más ilógico tiene motivaciones tangibles”, se reprendió, y sus motivos eran justificables desde el origen.

No lo había advertido, pero era más tarde de lo que suponía. En algún momento había perdido la noción del tiempo, o quizá mientras estuvo en aquella banca el sueño que huiera en la madrugada anidó de nuevo en su cabeza, porque al atravesar el pasillo y llegar a medicina externa se encontró con el bullicio habitual de un día laborable. Había una maraña de filas ocupando toda la sala; por todas partes el golpeteo en los teclados y el chirriar de las impresoras; los berridos de los chiquillos y los murmullos de los derechohabientes que iban a rayos X, al laboratorio, a medicina externa y a farmacia: el mismo escenario que había pisado todas las veces que, al reclamar su medicamento, debió representar el papel de bufón para diversión de los villanos que despachaban en farmacia. El coraje le dolió allá abajo en una forma que creía superada.

No le quedó más remedio que sumarse a una de las colas y trató de mitigar su corajina entreteniéndose con la observación de los demás. Improvisó un juego en que paseaba la mirada de una fila a otra, deteniéndose aleatoriamente en una persona a la vez. Cada ocasión le confirmó que él no era el único desentonado en esa sala. Una primera ronda y su mirada se detuvo en el fortachón que había visto tantas veces en la fila del banco de sangre; era más gordo que musculoso, pero el tipo seguramente creía lo contrario porque siempre vestía sin mangas, y la vez que se desmayó en uno de los cubículos

laboratoristas, las enfermeras montaron un espectáculo tratando de levantarlo. Un segundo turno y miró a uno de tantos que cargaban sus muestras de copro envueltas en bolsas de papel. Se imaginó los tres frascos de nescafé dentro del paquete. Ya había visto esos frascos haciendo *puf* en el laboratorio. Otra vuelta y descubrió a la mujer en la ventanilla de la farmacia. No había visto antes a esa muchacha de escualidez extrema y nariz artificial; le pareció completamente fuera de contexto. Una tirada más y el juego terminó cuando descubrió entre las colas a Perlita Diez, su antigua amiga. “Novia de secundaria”, corrigió, “hasta que pasó lo que pasó”.

Había sido su primera novia, en efecto, hasta que le vino, muy rezagada, la menarquia. Lo único que le había quedado de aquella relación era el recuerdo de una muchachita desolada con el suéter de él tapándole las caderas. La Perlita de ahora no era muy distinta a la de aquella vez. Una mujer marchitada por esa enfermedad que la avergonzaba, y que era irremediable. Se descubrió en esas cavilaciones y deseó reprenderse por pensar todo eso, pero en el fondo abrigaba la inexplicable certeza de que Perlita iba a morir muy pronto. Lo advertía quizá en la punta de la nariz de ella: deshidratada, colgada. “Como la nariz de los moribundos”, pensó. Desechó la idea de saludarla desde su lugar. Mejor fingir que no la había reconocido, que no la había visto, como seguramente hacía ella ahora, mirando en dirección suya como si él fuese transparente. No se había dado cuenta, pero una de sus manos estaba palpando la punta de su propia nariz.

O su ensimismamiento era demasiado profundo o la verdad era que aún estaba dormido y todo aquello

era parte del mismo sueño que suponía inconcluso en la madrugada y cuya trama no podía recordar, pues cuando dejó de pensar en la suerte de Perlita Diez la fila de farmacia se había agotado. Fue hacia la ventanilla exhibiendo su mejor sonrisa, pero la anoréxica de nariz artificial le cerró la ventanilla en la cara justo cuando él pronunciaba un melódico “buenos días, señorita”.

Era más de lo que podía soportar. Una mezcla de impotencia y dolor se le acumuló justo donde deben acumularse las dolencias del orgullo. La sintió cebarse, desbordar en cuestión de segundos y recorrer su espina dorsal hasta llegar a la cabeza. Ahí estaba otra vez él de este lado de la ventanilla representando un papel absurdo. Ridículo, ridículo, ridículo. Tenía que ser un sueño, se dijo, pero el dolor en los testículos era tan real y tan auténtico su enojo que fue casi corriendo hasta la vitrina roja en la pared. “Rómpase en caso de incendio”, decía en el cristal que resguardaba una manguera y un hacha de buen tamaño. Era eso precisamente, un incendio, lo que él tenía en la cabeza y en las entrañas. Las cosas habían llegado demasiado lejos y no había otra manera de resolverlo; ya no le importaba el medicamento sino romper de una vez por todas la ventanilla aquella y arrancarle de un hachazo la nariz sintética a esa flaca malnacida.

Pero otra vez se vio a sí mismo reflejado en el vidrio, golpeándolo insistentemente sin poder romperlo, sin empujarlo siquiera. Otra vez la impotencia suya de este lado del cristal, el dolor constriñendo sus entrañas. De nuevo la sensación de soñar un mal sueño que no era tal, sino una reminiscencia persistente, el último recuerdo de él, de sus testículos consumidos por el cáncer.

## La culpa no es de Román

“¡Que ya te dije que sin condón, no!”. Me lo gritaste más de tres veces y después ya no dijiste nada. Te quedaste con esa mirada desafiante congelada en el rostro y con la boca torcida en una mueca que aún no logro descifrar.

“Hay muchos aspectos de las mujeres que no alcanzarás a entender”, me lo había advertido Román, y yo creí que lo decía solamente para darse importancia, para aparentar la imagen de hombre de mundo, como debía ser, como le correspondía por ser mi hermano mayor. Tuve que vivirlo para darle la razón. Tuve que enfrentarme a tu personalidad cambiante, a esos estados de ánimo tan variables que podrían desquiciar a cualquiera.

No siempre fue así. Cuando ingresaste a la escuela eras la chiquilla más dulce, más frágil que pueda uno imaginar. No es que fueras más pequeña, ni en edad ni en estatura; lo que pasa es que había algo en tu apariencia —tal vez el uniforme nuevo o la piel exenta de espinillas— que te hacía sobresalir entre las demás muchachas como una estatua de porcelana; la más fina y delicada,

pero también la más retadora, esa que no quisiera uno tocar por el temor de estropearla.

“Esa chavita te queda a la medida; te la tienes que ligar”, me dijo Román. Mi hermano será muy malo para la escuela pero nunca se equivoca en las cuestiones de la vida. Yo he aprendido a respetarlo por eso, porque él sabe cuándo y cómo debe uno de actuar. La vez que empecé a confiar en él fue cuando me llevó casi a rastras a pelearme con Amílcar, que era mucho mayor. Yo estaba a punto de llorar, consciente de que Amílcar me rompería la nariz, pero no sé cómo le hizo Román para convencerme de que podía ganarle al grandulón aquel. Tampoco sé de dónde me empezó a venir tanto coraje a la cabeza, pero llegó el momento en que me sentí capaz de desbaratarle la cara a putazos. El pobre Amílcar terminó desangrándose en el suelo, buscando sus dientes entre los pies de los mirones. A partir de ese momento supe que debía obedecer en todo a mi hermano.

Por eso cuando me dijo que te tenía que hablar no lo dudé. Llegué al día siguiente con una flor para ti y una carta perfumada —como me dijo Román—, pero ni siquiera dejé que la leyeras, te solté la pregunta a bocajarro esperando que aceptaras, cosa que no ocurrió. Te quedaste mirando desconcertada, primero a mí y luego a tus compañeras, después tu carita fue adquiriendo esa expresión desafiante y con una sonrisa apenas perceptible dijiste que no.

Esas son las cosas que se le escapan a Román. No es su culpa, lo que sucede es que cuando él está cerca las cosas salen bien, pero cuando me deja solo empiezo a ac-

tuar con torpeza; olvido sus instrucciones y me pongo muy nervioso, por eso todo me sale al revés.

Dijiste que no, pero esas no fueron tus únicas palabras; seguiste tratando de explicar, de justificar tu negativa —en ese tiempo eras tan diferente— sólo que yo ya no te escuchaba; las risas de tus amigas detonaron en mi cerebro un impulso que no pude controlar. Cuando entró la maestra de Inglés me encontró vaciando en el piso las mochilas de las muchachas que gritaban como gallinas asustadas. Al llegar a la oficina del director ya se me había pasado el coraje.

Eras la niña más tierna; eso nadie lo puede negar. No fui yo el que se disculpó sino tú, tal vez apenada porque me suspendieron tres días y me obligaron a visitar a la orientadora por culpa de tus amigas. “Róbale un beso”, había dicho Román, y yo lo hice en cuanto tuve la oportunidad; lo otro fue menos difícil. Cuando nos hicimos novios me di cuenta de que no eras tan pequeña y que inclusive eras más alta que yo. También advertí que aquella fragilidad no existía, porque te revelaste gradualmente como esa mujer sensual y desafiante que eres. Empezaste a tomar las riendas de la relación mientras yo descubría que todo cuanto había dicho Román de las mujeres describía a la perfección tu comportamiento.

“¿Ya te acostaste con ella?”, me preguntó un día Román, y yo le dije que sí, pero no era cierto. La verdad era que hasta entonces nos habíamos conformado con acariciarnos por encima de la ropa, con manosearnos discretamente y parecer más una pareja de palomos que cualquier otra cosa. Cuando te lo propuse al día siguiente se me quebró la voz. Estaba seguro de que no

aceptarías, pero tu rostro empezó a delinear una sonrisa; me evaluaste con la mirada y dijiste que sí. Entonces planeamos los detalles de nuestra primera vez.

Unos días antes de la fecha tuve que recurrir a Román. Hubiera sido mejor comprar los preservativos en cualquier farmacia, pero no me atreví. La verdad es que necesitaba el consejo de mi hermano pero no podía pedirselo abiertamente. “¿Cómo que estás usando condón?”, fue lo primero que dijo, luego se burló de mí hasta que se cansó. Finalmente puso su brazo en mi hombro y me dijo que debía probar sin condón, que cuando lo hiciera se lo agradecería. Traté de convencerte por todos los medios sin ningún éxito. Intenté hacerlo con autoridad —como me dijo Román—, pero fue inútil; al final te lo imploré desesperado, casi llorando, con el mismo resultado. Terminé prometiéndote que los compraría. Por supuesto no lo hice.

Había algo en la atmósfera del cuarto de Román que me provocaba cierta angustia. Tal vez no era precisamente la habitación sino el temor de que se enterara, o quizás lo que harías tú en cuanto supieras que no había comprado los preservativos. “Sabía que no los traerías”, dijiste bastante molesta, buscaste dentro de tu mochila y luego arrojaste sobre el buró una serie de condones, de esos que regalaba la orientadora en las conferencias. Entonces volví a tratar de persuadirte pero te enojaste más. “¡Ya te dije que sin condón, no!”, gritaste una y otra vez, emberrinchada sobre la cama. La sonrisa iluminó tu semblante cuando viste que abrí uno de los sobres.

La culpa no es de Román, él dijo que no utilizara el condón. Fue todo lo que me dijo. Lo que pasa es que

cuando él no está las cosas se salen de control y empiezo a cometer tonterías; eso fue lo que pasó. Quizá tú también hubieras preferido que no lo usara; quizá no los habrías traído, pero ya se te había metido la idea en la cabeza. La mirada desafiante no desapareció en ningún momento de tu rostro; tu sonrisa sí. El látex no le va bien a tu piel de porcelana. Alrededor de tu cuello hace que la cara vaya adquiriendo una tonalidad azul. Y yo parado aquí, con las ideas desordenadas, no puedo dejar de preguntarme qué haría Román en una situación así.



## Índice

Todas las veces de Malena .....	11
Nerón en llamas .....	21
La vida después de Dillan .....	27
...And again, and again, and again.....	37
Lo que cae de las nubes .....	39
Algo en la carretera .....	45
Nuestra Señora de la Tele .....	51
Fuera del cuerpo .....	59
Luces no más .....	65
El paraíso es blanco .....	71
Automedicación .....	75
Sala de espera .....	81
La culpa no es de Román .....	87



*A fe de caballero*  
Julio Pesina

Este libro se terminó de imprimir el 31 de mayo  
de 2013, se utilizó la fuente Bell MT.

Se empleó papel cultural.

Su tiraje fue de 1000 ejemplares.









Junto al afán experimental de muchos cuentistas que viven obsesionados con la idea de que el cuento es cualquier ficción que salga del ronco pecho siempre y cuando sea más o menos breve, siempre y cuando se pueda leer de un tirón, avanzan los cuentistas que, como Julio Pesina, primero acatan una normativa mínima del género y luego trajinan en formas un tanto más sueltas o, si se quiere, menos rígidas. Este narrador tamaulipeco sabe penetrar con hondura en el alma de sus criaturas y, sin perder nunca el encanto de la buena prosa, los/nos lleva a desenlaces tan inesperados como convincentes.

Jaime Muñoz Vargas